La caza

Sonia Bellido Aguirre
Clara Ann Simons

La caza
Sonia Bellido Aguirre
Clara Ann Simons

La caza

Sonia Bellido Aguirre

Clara Ann Simons

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Otros libros de la autora

Capítulo 1

Kerstin — Tres años antes.

Por fin llega el día de la ruta por los Apalaches y mi corazón late con fuerza lleno de alegría. Esta vez, mis padres han accedido a seguir la ruta larga en vez de la corta que habíamos hecho otras veces. Se ve que a punto de cumplir los quince años, están dispuestos a dejar de tratarme como a una niña pequeña.

Es el comienzo de la primavera y se observan los primeros brotes en los árboles, las hojas más tempranas comienzan a crecer y el sol se cuela a través de las ramas dibujando divertidas sombras en el suelo. El camino serpentea entre los espesos arbustos de la ladera de la montaña. A nuestros pies, el suelo se cubre de rocas y nudosas raíces de árboles. Al menos, no ha llovido en varias semanas y el sendero es firme, sin rastro de barro.

El aire huele a fresco, a ese olor tan característico que se presenta tras una tormenta, cuando la lluvia arrastra toda la suciedad del ambiente. A nuestro alrededor, la montaña se llena de vida; los pájaros pian de un lado a otro mientras saltan de rama en rama en los árboles. Algunas ardillas corren por los troncos en busca de las nueces que han guardado durante el otoño al tiempo que un diminuto conejo sale de entre la maleza, mordisqueando los tiernos brotes de primavera. Donde quiera que mire, hay vida. Todas esas pequeñas criaturas parecen felices de haber superado el duro invierno de los Apalaches y se preparan para el verano, construyendo nidos y madrigueras, encontrando pareja, sobreviviendo.

El sol del mediodía nos golpea con fuerza mientras caminamos y mi cuerpo se cubre de una pequeña capa de sudor, aunque estoy demasiado ocupada disfrutando de las preciosas vistas como para darme cuenta. Es lo que tiene la ruta de los Apalaches, no importa cuantas veces la recorra, no puedo dejar de maravillarme de lo hermoso que es todo a nuestro alrededor. Me siento pequeña ante tanta belleza. Las flores crecen en infinitos tonos de rojos y rosas completando los indicios de vida a medida que la primavera rompe el frío invierno. Cada pequeño detalle me recuerda por qué venimos aquí todos los años.

Mis padres consideran que la vida en la ciudad nos corrompe de algún modo. Siempre corriendo, siempre con prisas, siempre esperando tener más dinero o más tiempo para hacer cosas de las que

luego apenas disfrutamos. La vida ofrece mucho más y la montaña te lo recuerda constantemente.

A mis quince años, no se puede decir que sea la chica más atractiva del instituto, aunque tampoco es algo a lo que le dé demasiada importancia. Me considero inteligente, valiente y segura de mí misma. Mi madre siempre me dice que la apariencia no importa tanto como el cerebro. Mi padre miente elogiando mi larga melena rubia y mis brillantes ojos azules, recordándome que me parezco mucho a mi madre cuando era joven.

Desde que empezamos el instituto, Cathy, mi mejor amiga, ha intentado que cambie de ropa, que utilice prendas que muestren más las curvas que comienzan a acentuarse en mi cuerpo, aunque prefiero no hacerlo. Insiste en que debo llevar vestidos y faldas y que me quedaría mejor una ropa más femenina, pero yo soy feliz con unos vaqueros y una sudadera.

Lo intenté un par de veces, vestir con falda, y no estuve nada cómoda. Me sentía expuesta, como si una ráfaga de viento pudiese revelar mis secretos más íntimos en cualquier momento. Desde esos días, decidí volver a los pantalones, por mucho que Cathy siguiese intentándolo.

Hoy es el día de mi cumpleaños, bueno, realmente lo fue ayer, pero lo celebramos hoy y Cathy y sus padres se unirán a nosotros en la acampada. Ellos no son muy de montaña, prefieren la vida cómoda de la ciudad, así que han elegido la ruta corta. De hecho, solamente vienen con nosotros para celebrar mi cumpleaños y posiblemente sea el último año que lo hagan; Cathy se muestra menos entusiasmada que las veces anteriores.

Creo que pretende parecer mucho mayor de lo que es, no se da cuenta de que hay una edad para todo. No por mucho correr vas a llegar a algún lugar diferente. Siempre nos había encantado seguir la ruta hasta quedar exhaustas y luego tumbarnos en el suelo para observar las estrellas mientras nuestros padres preparaban la cena. Nos quedábamos toda la noche comiendo chucherías que metíamos a escondidas en la tienda de campaña o cotilleábamos y nos reíamos hasta la madrugada o hasta quedarnos dormidas, lo que ocurriese antes. Al día siguiente, tras desayunar, caminábamos un poco más o nos bañábamos en el rio y luego volvíamos al campamento con los músculos doloridos y a veces con ampollas en los pies. Era muy divertido.

La acampada en los Apalaches por mi cumpleaños siempre ha sido mi regalo favorito, de hecho nunca pido nada más. Me suelen regalar alguna sorpresa, pero con la acampada me conformo. Soy feliz caminando un par de días por la naturaleza o durmiendo bajo las estrellas en una tienda de campaña. Estas montañas son tan bonitas que no las cambiaría por nada del mundo, y compartir esa experiencia con Cathy siempre ha sido lo mejor del año.

Ahora dice que eso son cosas de niñas, que ya somos adolescentes y que tendría que celebrarlo con una fiesta de pijamas, invitando a amigas y colando algo de alcohol para animarnos. De verdad que no lo entiendo, nada puede competir con la montaña.

En esta época del año el cielo es casi siempre azul, con tan solo unas pocas nubes flotando en él como si estuviesen admirando las vistas. Por la noche puedes observar las estrellas con perfecta claridad, algo que no ocurre en la ciudad. A veces, una estrella fugaz atraviesa el cielo y te hace sentir que todo es posible en esta vida; tan solo tienes que desearlo.

No tardamos demasiado en llegar a nuestro lugar de acampada, más que otras veces al ser la ruta larga, pero la caminata se me hace demasiado corta. Casi me gustaría bajar de nuevo a la base de la montaña y empezarla otra vez para volver a disfrutarla, pero empieza a hacerse de noche y mi padre es muy maniático con esas cosas. En cuanto oscurece debemos estar en el campamento con las tiendas de campaña ya montadas. Cathy y sus padres están a punto de llegar y mi padre quiere tenerlo todo listo.

Mientras alzo mi tienda de campaña, mi imaginación corre libre pensando en las actividades del día siguiente y de la noche con Cathy. Quiero ir a nadar con ella al río a primera hora de la mañana, luego bajaremos un poco siguiendo el sendero y buscando los escarabajos más raros que podamos encontrar hasta la hora de comer.

De pronto, un extraño sonido me hace girar la cabeza y dirijo la mirada hacia mis padres para tranquilizarme. Puedo escuchar el roce de las ramas de los árboles, un crujido, una ráfaga de viento cerca de mí que me produce un escalofrío. Cada vez que eso ocurre, miro en esa dirección y los ruidos se detienen para luego volver otra vez.

A veces, estoy segura de que puedo percibir algo por el rabillo del ojo, como si alguien nos observase, pero en cuanto giro la cabeza no hay nada. Supongo que mi padre se ha dado cuenta de mi preocupación porque se acerca hasta donde estoy con una amplia

sonrisa, como si intentase tranquilizarme. Siempre ha sido muy bueno haciendo que me sienta mejor cuando estoy inquieta por algo.

—¿Qué ocurre, bizcochito? —pregunta usando el apodo que me puso cuando era tan solo un bebé y que todavía me hace sonreír por extraño que parezca.

—Hay algunos sonidos que vienen del bosque, papá. Es como si hubiese algo o alguien observándonos —respondo señalando con la barbilla hacia la frondosa masa de árboles que nos rodea.

Según termino la frase siento un escalofrío, tiemblo ligeramente y vuelvo a mirar a mi alrededor, preguntándome a mí misma si será real o si mi mente me estará jugando una mala pasada. Una ráfaga de viento se levanta y sopla a través de las copas de los árboles, agitando las ramas de un lado a otro y el sonido de cientos de hojas llena el ambiente como si fuesen un millar de pequeñas banderas ondeando al viento.

—Kerstin, no te preocupes por los sonidos que escuchas, estamos rodeados de animales. Este es su hogar al fin y al cabo y nosotros tan solo somos visitantes que interrumpimos su tranquilidad; es normal que haya ruidos —me asegura mi padre con una pequeña palmadita en la espalda.

Sus palabras me dejan un poco más tranquila, pero por algún motivo que no acierto a comprender, algo parece diferente este año. Solo espero que Cathy y sus padres lleguen pronto para que pueda quitarme esas ideas de la cabeza.

Me giro una última vez hacia el espeso bosque y los altos pinos se alzan verticales vigilando la montaña. Después de todo, este es un lugar seguro, es cierto que de cuando en cuando ocurre algún ataque de animales salvajes, pero mantendremos el fuego encendido toda la noche impidiendo que se acerquen. No hay necesidad de preocuparse.

Capítulo 2

Kerstin — Tres años antes.

Apenas me doy cuenta de lo agotada que estoy hasta que termino de montar la tienda de campaña y me meto dentro de mi saco de dormir. Me dejo caer sobre él y la noche parece arrullarme de inmediato, quedándome dormida casi al instante. En mi sueño, una luz revolotea débil y distante hacia la base de la montaña y se diría que el tiempo brinca de una escena a otra hasta que un grito desgarrador me despierta de golpe.

Me levanto de un salto. Al principio, simplemente pienso que ese grito es parte del sueño que estaba teniendo; una especie de pesadilla en la que se escuchaban gruñidos y rápidos pasos. Sin embargo, cuando salgo de la tienda, lo que observo con mis propios ojos es algo que no había visto antes, algo que tan solo esperaba encontrarme en una película de terror. Las sillas que teníamos dispuestas alrededor de la hoguera estaban todas de lado, como si algo las hubiese atravesado derribándolas. Dos de ellas han caído en el fuego y comienzan a derretirse poco a poco, llenando el aire de un intenso olor a plástico quemado.

Con el espeso humo negro y en plena noche, me resulta difícil saber lo que ocurre alrededor de la tienda de mis padres. Sin embargo, unos quejidos que provienen del lugar en el que se suponía que estaba la tienda llaman inmediatamente mi atención. Al acercarme, una fuerte ráfaga de viento lleva las llamas hacia mí. Su calor sofoca mi piel, impidiéndome abrir los ojos y haciéndome parpadear varias veces para aclarar mi visión. Una infinita confusión se apodera de mi mente, sé que frente a mí debería estar la tienda de campaña de mis padres, en cambio ya no hay nada.

Alrededor del campamento, el terreno presenta varios desniveles y algo me lleva a revisarlos uno a uno, ignorando los sonidos y gruñidos de animales peleándose que parecen provenir de la zona que tengo a mi izquierda.

En cuanto llego a uno de esos desniveles y observo los restos de la tienda de mis padres, sé que algo va mal. Horriblemente mal.

La tienda está hecha girones y yace en el fondo del desnivel. A su alrededor, restos de la ropa de mis padres y de los distintos enseres que habíamos traído para la acampada se diseminan por el suelo.

—¿Mamá? ¿Papá? —grito con el corazón acelerado sin obtener respuesta alguna.

Todo esto no tiene sentido, los animales salvajes no se pelean ni atacan un campamento si hay una hoguera, quizá los sonidos que escucho provengan de las inmediaciones, del propio bosque circundante. Aun así, la tienda destrozada no augura nada bueno y me llena de preocupación.

—¡Kerstin! —escucho llamar a mi madre con la voz aterrada— ¿Dónde estás? ¡Corre! ¡Sal de aquí!

Al escuchar la voz de mi madre me siento más tranquila, aunque no entiendo por qué me dice que corra, quizá sí es posible que algún animal salvaje se haya metido entre las tiendas. Tampoco puedo ver a mi padre y ni siquiera sé si Cathy y sus padres han llegado al campamento.

Es entonces cuando giro la cabeza y veo a mi padre tirado en el suelo, cerca de donde había estado su tienda. Trata de decirme algo, aunque no puedo entender sus palabras. Tiene los ojos muy abiertos, arañazos en la cara, y su mirada refleja un fuerte dolor. Una nueva ráfaga de aire aviva las llamas y bajo la luz anaranjada puedo observar el cuerpo de mi padre cubierto de heridas, la sangre que brota de su cuello forma ya un charco en el suelo y la luz de sus ojos se desvanece.

Al observar a mi padre en esas condiciones me quedo petrificada, sin poder moverme ni saber qué hacer. Mi madre seguramente está bien si me ha contestado, pero no consigo saber dónde está.

—¡Corre! No pares hasta llegar a un sitio seguro —escucho a mi madre gritar una vez más.

Las lágrimas brotan de mis ojos, quiero llorar, llegar hasta donde yace mi padre casi sin vida y quedarme junto a él, pero parece estar perdiendo sangre de manera muy rápida por la herida del cuello y no sé si será capaz de aguantar mucho más. Esa horrible visión me hace girar sobre mis talones y empezar a correr montaña abajo lo más rápido que puedo para intentar buscar ayuda.

No puedo dejar de correr. Atenazada por los nervios y en completa oscuridad, tropiezo varias veces tratando de seguir la ruta, rodando por el suelo en más de una ocasión. Me duelen las piernas y los muslos me arden por el esfuerzo, pero la idea de que mi padre pueda morir a manos de un animal salvaje es más de lo que puedo

soportar. Cada átomo de mi cuerpo me empuja a correr sin detenerme; sin importar que mis manos y mis rodillas estén en carne viva tras las caídas.

Mientras corro, escucho unos pasos detrás de mí. Son pasos muy ligeros, apenas hacen ruido; pero se sienten, están ahí. Un rayo de esperanza llena mi corazón, sin duda tiene que ser mi madre, mis padres eran los únicos en el campamento. Esos no eran los pasos de un animal salvaje, parecen pasos humanos. Pasos muy ligeros, pero humanos.

Esperando encontrar a mi madre, reduzco la velocidad y miro alrededor. Los pasos se han vuelto más silenciosos, pero siguen estando ahí, o al menos eso me parece. Temo estar volviéndome loca, no encuentro explicación. Llamo a mi madre una y otra vez sin obtener respuesta, pero sé que alguien está cerca, y no es un animal salvaje.

Apartando el pelo de la cara, me detengo por completo para concentrarme en el más mínimo ruido. Los pasos han desaparecido, sustituidos por el sonido de las hojas de los árboles agitadas por la brisa y el canto de algún grillo. Vuelvo a llamar a mi madre pero solamente mi voz resuena en la oscuridad de la noche. Quizá viene un poco más atrás, mi corazón late con fuerza mientras trato de recuperar la respiración, esperando con todo mi ser que la figura de mi madre aparezca en cualquier momento de entre las sombras.

De pronto, escucho el crujido de una rama en el sendero, me giro y algo golpea en la parte de atrás de mi cabeza causando un dolor punzante que me marea. Mis rodillas se doblan incapaces de soportar el peso de mi cuerpo y todo a mi alrededor se descontrola. Envuelta en un manto de dolor y oscuridad, el mundo a mi alrededor se desvanece. Tan solo escucho una suave voz femenina susurrando que me tranquilice, que ella cuidará de mí… y el silencio. Una voz que me enamora. Su cabello huele a pinos y a flores.

***

—¡Kerstin! ¡Kerstin, despierta, cariño!

Alguien me llama por mi nombre, pero no sé de dónde proviene. Una cegadora luz blanca me rodea y no consigo ver nada a mi alrededor. No puedo sentir parte de mi cuerpo, solo un dolor desde la nuca hasta la frente, como si un pequeño martillo golpease la parte de atrás de mi cabeza al compás de los latidos de mi corazón. Me cuesta

concentrar la atención en la persona que me llama y no en el dolor.

—¡Kerstin, despierta! —dice de nuevo la voz.

Siento como si flotase en un mar de nubes. La voz me resulta familiar y a la vez irreconocible. Es la voz de una mujer pero no consigo ponerle una cara. Sin embargo, cuanto más pienso en ella, más me percato de que conozco esa voz, es la madre de Cathy, pero ¿por qué me llama? ¿No debería estar durmiendo en su tienda de campaña? ¿Se ha hecho de día?

Estoy demasiado cansada, trato de averiguar por qué la madre de Cathy quiere despertarme de mi sueño y, de pronto, los recuerdos vuelven a mi mente como si los estuviese reviviendo, la realidad golpeándome con una brutal violencia. Recuerdo el fuego, el animal salvaje en nuestro campamento, mi padre tirado en el suelo lleno de sangre, mi madre gritando que huya. Recuerdo correr montaña abajo, un fuerte golpe.

—¿Mamá? ¿Papá? —llamo con un hilo de voz intentando en vano hacer un esfuerzo por incorporarme.

Ahora ya siento mi cuerpo, está pesado, mis músculos doloridos. Luces blancas brillan a mi alrededor y el sonido de varios monitores me rodea haciéndome comprender que estoy prostrada sobre la cama de un hospital.

Giro la cabeza y observo a Cathy y su madre sentadas a mi lado, mirándome como si acabasen de ver a un fantasma.

—Kerstin, cariño, ha habido un accidente —escucho decir a la madre de Cathy mientras los ojos llorosos de mi amiga y su rostro compungido me lo dicen todo.

Mis padres están muertos.

Capítulo 3

Kerstin

Han pasado tres años desde que me arrebataron a mis padres. Tres años desde aquella horrible acampada en la que los perdí a ambos. Parecía una excursión más a los Apalaches, más o menos la misma que hacíamos cada año por mi cumpleaños. Estaba muy equivocada. Me gustaría haberles dicho tantas cosas, quisiera al menos haberme despedido de ellos, pero no pude, y eso pesa cada día en mi corazón.

Mientras escucho el lejano sonido de los pájaros, abro los ojos empezando a odiar cada minuto de este día. Es mi cumpleaños, pero no lo celebraré. Una macabra broma del destino lo ha hecho coincidir con la muerte de mis padres y he aprendido a vivir cada día tal y como viene, sin hacer planes, sin ilusiones. Ya no me importa nada con tal de que me dejen con mi soledad, sobre todo un día como hoy.

Tras el incidente con aquel o aquellos animales salvajes que acabaron con mis padres, no tenía con quién quedarme. Mis abuelos maternos eran demasiado mayores para acogerme y los paternos habían fallecido unos años antes. La poca familia lejana que tengo tampoco parecía muy optimista a la hora de hacerse cargo de mí, así que los padres de Cathy decidieron que podía quedarme a vivir con ellos antes de acabar engullida por el sistema de hogares de acogida. Eso significaba que no tendría que cambiar de instituto ni hacer nuevos amigos. Debería estar agradecida, de hecho en el fondo lo estoy, pero ya no me importa nada.

Mi padre había comentado que ese año se estaban produciendo más ataques de animales en la montaña, aunque ninguno había sido mortal, pero podría no ser una buena idea ir a los Apalaches de acampada. Había otros muchos lugares que nunca habíamos explorado. Insistió en que sería divertido probar algo nuevo, pero yo me empeñé en ir, no di mi brazo a torcer. Cogí una rabieta de niña pequeña negándome a ir a cualquier otro lugar y ahora me arrepiento cada día.

Tal vez mis padres seguirían hoy vivos si no me hubiese comportado como una gilipollas.

***

No me apetece salir de la cama. Desde aquella noche me cuesta

dormir, los malos sueños me persiguen y me levanto agitada y sudando. Sin embargo, donde ya duermo mal, el día de mi cumpleaños apenas puedo conciliar el sueño. Ayer tomé una pastilla que me dejó aturdida y ahora ni siquiera sé qué hora es. Tampoco me importa. Imagino que tarde, pero no estoy de buen humor para empezar el día.

Al abrir los ojos, empujo los brazos por encima de mi cabeza estirándolos todo lo que puedo. Me siento sobre la cama y arqueo la espalda sintiendo las vértebras despertarse. Los somníferos me hacen dormir con mucha rigidez y debo estirarme bien antes de salir de la cama o los músculos me dolerán durante todo el día.

En ese momento la veo de nuevo. La misma rosa roja en el alféizar de mi ventana, en la parte exterior. Igual que ha ocurrido en cada uno de mis cumpleaños desde que estoy en esta casa.

Sé bien lo que ocurre a continuación. Me paso el día entero pensando en cómo pudo llegar ahí la dichosa rosa roja. Juro que un día lo comprenderé aunque eso signifique no dormir en toda la noche. Las habitaciones están en el segundo piso, así que quien la haya colocado ahí tuvo que haber utilizado una escalera bastante alta, pero no tenemos escalera y el ruido me hubiese despertado. Tampoco hay nunca huellas de las manos o de la propia escalera, ni siquiera en días como hoy que ha nevado por la noche, ni se pueden observar pisadas sobre la nieve del jardín.

Sonrío para mis adentros pensando que ha sido Cathy. Cada año llego a esa suposición incluso cuando sé que la tendría que haber colocado desde dentro de la habitación y no solo la habría escuchado, sino que el frío al abrir la ventana me habría despertado sin ninguna duda. Era más lógico que alguien la hubiese colocado desde el exterior. Sin embargo, ahí volvía al punto inicial; ausencia de huellas y de escalera…y una vez más entro en un bucle del que no salgo durante todo el día.

Sacudo la cabeza dejando escapar un bufido y decido que no me voy a hacer daño pensando en la dichosa rosa y en cómo ha llegado a mi ventana. Simplemente la cojo entre mis manos, su olor es fresco, como recién cortada, sus pétalos tan suaves como la voz de aquella mujer que decía que cuidaría de mí hace tres años.

Miro el reloj y golpeo con fuerza la almohada. De todas las fechas posibles, este día de mierda tiene que coincidir con el inicio de las clases tras las vacaciones de primavera. Cuanto más me quede en la

cama, menos tiempo tendré para desayunar y preparar las cosas del instituto.

Bajo las escaleras de manera muy lenta, deseando a cada paso volver de nuevo a la cama, acurrucarme bajo las mantas y no salir en una semana. Bastante he tenido con permanecer despierta casi toda la noche como para volver a esa prisión a la que llaman instituto.

Cathy y su madre están sentadas en la mesa de la cocina y en cuanto me ven se quedan en silencio. Ocurre muy a menudo, no quieren que piense que están hablando de mí y consiguen justo el efecto contrario. Supongo que hoy sí lo hacían, imagino que estarían intentando preparar algún plan para que el día de mi cumpleaños no sea horrible. Sé que tan solo pretenden ayudar.

En realidad, no me importa demasiado que hablen de mí, la gente lo hace continuamente por lo que ha pasado con mis padres. Al menos, Cathy y su madre tienen la decencia de evitar hablar cuando estoy cerca; otros deciden seguir hablando para que les escuche y luego me miran como si fuese a hacer algo interesante.

Al entrar en la cocina suspiro y me preparo una taza de café con leche condensada. El día va a ser suficientemente duro como para enfrentarme a él sin cafeína.

Tras preparar el café, avanzo con pequeños pasos hacia la mesa de la cocina para unirme a Cathy y a su madre, ambas me miran con cierta tristeza, seguramente observando las bolsas que tengo bajo los ojos, testigos silenciosos de mi falta de sueño.

—Buenos días, preciosa, ¿has podido dormir algo anoche?

La forma en la que la madre de Cathy hace la pregunta, cargada de pena, logra que me apetezca levantarme de la mesa y volver a subir a mi habitación para no salir en un mes. Sé que para ella también es duro, era la mejor amiga de mi madre, pero agradecería una actitud más positiva, bastante negatividad tengo yo misma.

—He dormido bastante bien una vez que las pastillas hicieron efecto —miento encogiéndome de hombros.

Sentada en la mesa junto a Cathy, doblo las rodillas y las acerco a mi pecho, apoyando la taza de café en el regazo mientras observo la expresión preocupada de la madre de Cathy. No le gusta la idea de que con dieciocho años recién cumplidos tenga que tomar pastillas para dormir cada noche, pero ambas sabemos que sin ellas no soy

capaz de pegar ojo y las pesadillas me persiguen.

—Quizá deberíamos hablar con el psiquiatra sobre las pastillas a ver si hay algo más que podamos darte para que duermas mejor —insiste en su tono de preocupación, aunque no soy capaz de mantener su mirada y me escondo tras la taza de café, rodeándola con las manos e intentando que su calor me tranquilice.

—Mamá, mejor hablamos de esto otro día, ¿vale? —interrumpe Cathy saliendo en mi rescate.

Es un papel que desempeña demasiado a menudo desde que me he mudado a vivir a la casa de su madre y siempre agradezco sus intervenciones cuando observa que no me siento cómoda.

Asiento con la cabeza y le dedico una ligera sonrisa. Cathy hace lo mismo y decide cambiar de conversación hacia su novio. No es mi tema favorito, pero al menos desvía la atención lejos de mí.

A los pocos minutos, mi mente desconecta y vuelve a la rosa en mi ventana. Las ideas se agolpan en mi cabeza intentando averiguar quién la ha podido colocar ahí sin despertarme. Cada año se lo pregunto a Cathy y a sus padres, pero parecen tan confusos como yo. El primer año, incluso pasamos la tarde entera frente a la chimenea, elaborando diversas teorías que no llevaban a ningún sitio. Si es alguno de ellos, son grandes actores.

—¡Kerstin! Hay que darse prisa —comenta Cathy levantándose de la mesa.

Cierro los ojos con fuerza al escuchar el sonido de mi nombre. Estaba tan concentrada en la rosa de mi ventana que ni siquiera me he dado cuenta de que es la hora de salir hacia el instituto. Sigo abrazando mis rodillas sobre el pecho y noto las piernas agarrotadas y dormidas al levantarme.

—¡Kerstin! ¿Sigues en la tierra? —bromea Cathy llamándome por segunda vez, su voz sacando a mis pensamientos del abismo en el que se han quedado atrapados.

—Lo siento —me disculpo en modo mecánico.

—Llegaremos tarde al instituto si sigues ahí sentada como un zombi —advierte riéndose de su propio comentario que hace referencia a una película que vimos ayer por la noche en Netflix.

Subo las escaleras para cepillarme los dientes y coger la mochila con los libros. No quiero ir a un instituto repleto de seres egocéntricos a los que no les importo lo más mínimo. No quiero verlos. De mala gana, me visto con unos vaqueros gastados y una sudadera con capucha que me queda algo grande. Llevo tres años vistiendo así cada día. Al menos lavo la ropa y me ducho, no huelo mal como alguno de mis compañeros, pero eso no impide que me haya convertido en uno de los bichos raros de la escuela. Una de esas personas con las que nadie quiere estar.

Al salir, la acera está helada. Anoche hizo mucho frío y nos encontramos con resbaladizos parches de hielo casi a cada paso. Cathy continúa hablando de su novio y yo solo puedo asentir con la cabeza y dedicarle alguna sonrisa forzada. Empieza a dar tantos detalles de su relación que prefiero no escuchar; no tengo ningún interés en que me describa algunas partes de su anatomía ni lo que ella siente cuando la acaricia.

Es entonces cuando tropiezo con algo y mi pie derecho busca apoyo en la parte más resbaladiza que puede encontrar, sobre uno de los parches de hielo. Suspiro al ver que estoy a punto de caer por unas empinadas escaleras que llevan hacia el instituto y sé que el dolor con el que me encontraré al aterrizar será espantoso.

De pronto, es como si el mundo se moviese a cámara lenta. En lugar de caer, siento que unas fuertes manos sujetan mi cuerpo agarrándome por la cintura, enderezándome antes de bajar las escaleras a una velocidad récord.

Abro los ojos asustada y es como si nunca hubiese resbalado. El mundo sigue deslizándose a mi alrededor y el sonido de los pasos no se detiene. Otra vez mi mente me juega una mala pasada, imaginando cosas que nunca han ocurrido. Seguramente estaba tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera me he dado cuenta de que había bajado las escaleras. No hay nada a mi alrededor, tan solo una ráfaga de viento acaricia mi mejilla. Huele a flores y a pinos, como aquella suave voz femenina hace tres años en las montañas.

—¿Cómo has llegado ahí tan rápido? —pregunta Cathy mirándome confusa todavía en la parte de arriba de las escaleras—. No importa, como te iba diciendo, Lucas y yo vamos a pasar este fin de semana en la casa de sus padres que se queda vacía y…

Desconecto una vez más y me pierdo en mis propios pensamientos sin escuchar lo que Cathy me está contando. Sé que dirá

que van a hacer el amor y que al volver el domingo por la noche tendré que escucharlo otra vez, con más detalles de los que quiero oír. Sin embargo, por algún motivo para ella parece importante comentar conmigo las cosas de su relación, aunque a mí me den ganas de vomitar.

Nunca me han atraído los chicos. A diferencia de casi todas las estudiantes del instituto, jamás he sentido la necesidad de salir con nadie. Las chicas quizá me atraen algo más, pero no lo suficiente. Eso significa no besar, no tocar y no tener más expectativas. De momento, prefiero estar sola.

Al entrar en el edificio principal del instituto, Cathy se dirige mecánicamente hacia su grupo de amigas en el fondo del pasillo. A veces decido acompañarla. También solían ser mis amigas, recuerdo con nostalgia las fiestas de pijamas con ellas hace años, aunque ahora nuestros intereses son muy distintos. Quizá ya por entonces lo eran, ya antes de la muerte de mis padres Cathy se quejaba de que yo era demasiado infantil.

Sea como fuere, el instituto ha cambiado mucho desde hace tres años. O quizá he sido yo la que lo ha hecho, seguramente lo segundo. Antes me gustaba hablar con la gente, era bastante extrovertida. Estaba en el equipo de atletismo y me gustaba quedar con mi grupo de amigas después de las clases o los fines de semana. Es muy diferente tratar de relacionarme con la gente ahora.

Poco a poco, todos fueron separándose de mí y yo no hice nada por evitarlo, seguramente todo lo contrario. En cualquier caso, acababa de perder a mis padres y estaba muy triste, pasé por una depresión muy seria y las que creía mis amigas solamente se alejaron. Tan solo Cathy permaneció a mi lado. Nadie más que ella entendió la pena y la culpa que sentía y ahora prefiero estar sola.

Entre clases, suelo sentarme cerca de una ventana, mirando como se mecen las ramas de los árboles hasta que suena el timbre. Cathy desvía su mirada de vez en cuando para asegurarse de que sigo en el mismo lugar y a veces se sienta conmigo en silencio, tratando de no molestarme. Sé que se preocupa por mí y que es una buena amiga, pero tiene su vida de la que ya apenas formo parte. Siempre ha sido demasiado popular.

Capítulo 4

Kerstin

En cuanto suena el timbre que marca el final de las clases, me levanto de mi asiento y me dirijo a la puerta. Lo último que quiero es perder el tiempo en los pasillos con conversaciones inútiles junto a las taquillas o bien observando cómo parte de los estudiantes devoran la boca a sus parejas. Tan solo me interesa salir de este sitio y estar tranquila. En soledad. Cathy dice que desde la muerte de mis padres me he convertido en una ermitaña y seguramente sea cierto. Reconozco que ahora soy bastante asocial.

Nada más salir del instituto, me dirijo casi por instinto al sitio que se ha convertido en mi lugar seguro, en mi santuario. En el claro junto al arroyo de un pequeño bosque que rodea nuestra ciudad me siento bien conmigo misma. Allí nunca va nadie y me gusta relajarme escuchando el sonido del agua o el piar de los pájaros. Desde el accidente no he vuelto a pisar una montaña, y esto es lo más parecido a la naturaleza salvaje que tengo a mano. Es el lugar perfecto para pensar, para relajarme, incluso para estudiar o hacer los deberes de ese día antes de volver a la casa de Cathy.

Atravieso el pequeño bosque, escuchando nada más que las ramas que crujen bajo mis pies por el sendero, concentrada en el sonido del viento al rozar las hojas de los árboles. Para mi sorpresa, cuando llego junto al claro del arroyo, alguien ya se encuentra allí.

Mi corazón parece detenerse por un instante y me invade un sentimiento extraño, como de injusticia y rabia. Sé que no tengo ningún derecho sobre ese lugar. Es obvio que no me pertenece, pero es la primera vez que me encuentro a otra persona y llevo viniendo cada día durante dos años y medio. De todos los sitios que hay en la ciudad, incluso en todo el bosque, ¿por qué sentarse justo en mi lugar favorito?

Al acercarme un poco más, observo que es una chica. Su piel es muy fina y blanca, tanto que parece brillar bajo el sol. Su pelo tiene un color negro muy oscuro que cae en cascada sobre unos fuertes hombros y se sienta sobre una gran piedra con las piernas cruzadas. Parece estar muy tranquila, una expresión de calma ilumina su rostro como si estuviese meditando, y mi enfado inicial se convierte, sin saber por qué, en una ligera sonrisa. Supongo que así es como me encontraría a mí misma un extraño si pasase por este mismo lugar la

mayor parte de los días.

Por un breve instante me debato entre marcharme o acercarme a ella, si bien opto por la primera opción. No negaré que me intriga conocer a alguien que ha elegido justamente el mismo lugar que yo para estar tranquila, aunque precisamente lo habrá elegido por el mismo motivo, para no ser molestada, y para eso necesita estar sola. Tampoco es que la timidez que arrastro últimamente me fuese a permitir presentarme de golpe y hablar con ella, así que decido girar sobre mis talones y dar la vuelta por el mismo sitio por el que he venido.

Aun así, parece tan hermosa ahí sentada, se la ve tan relajada que un sentimiento extraño aparece en la parte baja de mi vientre, como si un ejército de mariposas estuviese revoloteando en esa zona y mis piernas se vuelven perezosas a la hora de alejarme de este lugar. Es algo que nunca antes había sentido y me resulta muy extraño. No sé muy bien cómo manejarlo.

—Hola. ¡No te vayas, por favor! —exclama la chica del pelo negro cuando he tomado ya el camino de vuelta.

Lo dice con una tranquilidad asombrosa, como si me hubiese oído llegar o supiese que iba a estar allí; como si hubiese estado esperando a que yo hablase primero.

—¿Hola? —vuelve a insistir clavándome sus enormes ojos negros de una bellísima profundidad.

Me detengo sobre mis pasos, nerviosa, petrificada, sin saber muy bien cómo reaccionar, pero algo en mi interior me empuja a hablar con ella.

—Me sorprende que conozcas este lugar. Normalmente soy la única que viene por aquí —exclamo con nerviosismo, tragando saliva en cuanto termino la última sílaba.

Intento forzar una sonrisa que no llega a cuajarse en mis labios. No quiero que vea que estoy nerviosa, aun así debo esconder mis manos en los bolsillos del abrigo para que no se note que estoy temblando.

—Entiendo que te guste venir a este lugar, es precioso y se respira una paz muy difícil de encontrar en esta ciudad.

Me lo dice con una sonrisa preciosa, una sonrisa que consigue que

mi estómago se gire sobre sí mismo y que sienta una extraña opresión en el pecho, como si alguien acabase de colocar una pequeña losa sobre él. Parece una chica encantadora y sin embargo me siento incómoda a su lado y al mismo tiempo no quiero marcharme.

La chica sigue hablando sobre mi lugar favorito, sobre lo que siente al estar sentada en esa piedra escuchando el agua correr junto al arroyo, y me empiezo a sentir algo más cómoda. Es como si estuviese escuchando mis propios pensamientos. Normalmente ya me habría marchado, pero algo me hace querer conocerla mejor.

—Me llamo Alison —exclama de pronto extendiendo su mano a modo de saludo.

—Yo Kerstin —respondo cogiendo su mano con la mía y retirándola de inmediato al darme cuenta de que estoy sudando por los nervios.

El contacto con su piel logra que un escalofrío recorra todo mi cuerpo. Sus manos están un poco frías, pero son prácticamente perfectas. Su piel muy blanca, los dedos finos, las uñas bien cuidadas y una piel suavísima. Instintivamente llevo la vista a las mías y me decepciona ver las uñas mordidas, una costumbre que he adoptado desde el accidente que les costó la vida a mis padres.

Lo que empieza siendo un cordial saludo, algo que pensaba que sería un fugaz intercambio de palabras vacías y frases hechas, se convierte en una conversación en toda regla. Acabamos hablando durante casi tres horas entre la brisa de los árboles y el olor de las flores silvestres. Es agradable estar con otra persona que parece tener los mismos gustos que yo, que parece conocerme mejor aún que Cathy. Una persona que se siente cómoda con la versión tímida y huidiza de la Kerstin en la que me he convertido.

Me sorprendo a mí misma mirando el reloj, deseando poder detener el tiempo. No quiero volver a casa de Cathy, pero el sol empieza a ponerse en el horizonte, tomando un color anaranjado que ilumina su rostro con una sensual belleza.

Cruzamos el bosque juntas, caminando muy pegadas por el estrecho sendero y cada vez que nuestras manos se rozan mi corazón se salta varios latidos. Al despedirnos, siento en mi interior una esperanza renovada. Es quizá tan solo un comienzo, un hilo de luz al final del túnel en el que me encuentro, pero creo que por fin he hallado una nueva amiga; alguien que me comprende, que no me

juzga. Alguien junto a la que me siento segura sin saber el motivo.

Y su voz… su voz es suave, relajante. Su pelo huele a flores y a pinos.

Capítulo 5

Kerstin

Es viernes y el instituto parece un avispero de estudiantes que corren de un lado para otro. La excitación del fin de semana se junta con la del partido de fútbol dentro de un par de horas. Más tarde habrá una fiesta a la que, por supuesto, no estoy invitada, aunque casi todo el curso lo está. Un grupo de chicas sonríe, dedicándose miradas estúpidas junto a la puerta del aula en la que está reunido el equipo de fútbol. Están paradas delante, como pasmarotes, escuchándoles aullar y cantar sus ridículas consignas para motivarse.

Al pasar a su lado, sacudo la cabeza con un gesto de disgusto que solo consigue que ellas entornen los ojos y me dediquen algún comentario que pretende herirme. Es curioso cómo funciona la mente humana; antes de la muerte de mis padres en aquella horrible acampada, yo era una alumna relativamente popular, tenía bastantes amigas que me apoyaban. Es cierto que yo me fui separando de ellas tras el accidente, pero cuando más necesitaba el apoyo del resto de mis compañeros, menos lo recibí.

Todo lo contrario, ahora que de verdad me vendría bien que alguien intentase hacer un esfuerzo para apoyarme y sacarme adelante, lo que he conseguido es el rechazo y las burlas. Ahora que soy débil se ceban en mí, me hieren, me hacen sufrir. Es como si el mero hecho de que yo me sienta mal consiguiese hacerles sentir mejor a ellos. Jamás lo entenderé.

Junto a la puerta de salida me encuentro con Cathy que me dedica una sonrisa acompañada de un guiño de ojo. Es la única amiga de verdad que me queda, aunque ahora seamos muy diferentes y a veces me saque de mis casillas. Me recuerda que llegará tarde a casa tras la fiesta y me pregunta si quiero ir. Ambas sabemos que ni estoy invitada ni me apetece lo más mínimo. Lo último que quiero es meterme en una fiesta para estar rodeada de borrachos y en la que tanto la música como las hormonas estarán demasiado altas. Aun así, su intento me hace sentir mejor.

Bajo las escaleras despacio, deslizando la mano derecha por la barandilla de aluminio, y mi corazón se detiene de pronto. Mi corazón y el tiempo, porque todo a mi alrededor parece esfumarse en cuanto me pierdo en esos ojos negros con la profundidad de un océano de oscuridad.

—Hola de nuevo, chica de los ojos tristes —saluda con su bellísima sonrisa.

“Chica de los ojos tristes”, así decidió llamarme ayer en el bosque, mientras hablábamos junto al arroyo. Si tan solo supiese lo que ha sido mi vida en estos últimos tres años sabría el porqué de esa tristeza en mi mirada.

El sonido de su voz me hace sonreír y eso es algo que no ocurre demasiado a menudo últimamente. Las piernas me llevan automáticamente hacia ella, sin ni siquiera pensarlo y estoy casi segura de que aunque hiciese un esfuerzo consciente por evitarlo no podría. Mi corazón late con fuerza recordando la larga conversación que mantuvimos el día anterior. Me sentí más a gusto de lo que puedo recordar, incluso pude dormir por la noche. Lo curioso es que llevo todo el día pensando en ella, las clases se han hecho más llevaderas con su recuerdo y tan solo mi timidez me ha impedido llamarla para quedar esta tarde.

Y sin embargo, aquí está, esperándome a la puerta de mi instituto como si estuviésemos en una cita.

—Hola —respondo con timidez, apenas logrando superar el nudo en mi garganta a la hora de saludarla, con las mejillas ardiendo simplemente por pronunciar esas dos sílabas.

Otra vez las mariposas en mi estómago, de nuevo el cosquilleo en la parte baja de mi vientre, la ligera presión en mi pecho, el sudor en mis manos. En cambio, no es una sensación incómoda, de hecho me sorprende lo agradable que es. Sin duda debe haber una explicación para que me sienta así cuando estoy a su lado. Aun así, cada vez que se ríe, me hace sonreír a mí también y me asusta lo mucho que necesito seguir escuchando su voz al hablar.

—¿Qué te trae por aquí? —inquiero sintiéndome una estúpida por no encontrar nada más interesante que decir.

—Me preguntaba si te apetecería dar un paseo por el bosque, te pega más que acudir a un partido de fútbol —añade dedicándome de nuevo esa preciosa sonrisa.

Noto el calor en mis mejillas e imagino que me estoy ruborizando con lo que bajo instintivamente la vista, clavando los ojos en mis zapatos, sin atreverme a levantar la mirada hasta que el calor desaparece. El aire que nos rodea parece cargado de energía y mi corazón se acelera tan solo con la idea de dar un paseo junto a ella.

—Por supuesto —respondo sonriendo.

Con Alison no necesito fingir las sonrisas, tampoco forzarlas. Salen solas, de manera natural, aunque cada vez que me mira y me pierdo en sus profundos ojos negros se me aprieta el estómago y me hago muy pequeñita.

Mientras nos adentramos juntas en el bosque, escuchando el murmullo de las ramas mecidas por la brisa, me doy cuenta de que ni siquiera le he hablado de ella a Cathy. Tampoco es que ayer hubiésemos estado juntas mucho rato, cada vez pasa más tiempo con su novio y llega tarde a casa. Últimamente casi hablo más con su madre a pesar de lo incómoda que me hace sentir cada vez que me interroga sobre la vida sexual de su hija. Aun así, ni siquiera me he planteado contarle a Cathy que he conocido a Alison y tampoco creo que este fin de semana lo haga.

Quizá Alison sea el nuevo comienzo que necesito, mis actuales compañeros forman parte de mi pasado, aunque no me los podré quitar de encima hasta junio. Siempre había mirado al inicio de la universidad como una nueva oportunidad a la hora de hacer amigos y olvidarme de ese infierno al que llaman instituto. Podré empezar desde cero, sin que nadie me conozca, sin una etiqueta pegada a mi espalda en grandes letras que dice “la rara”. Alison está adelantando esa oportunidad y por algún motivo creo que tengo miedo de que Cathy lo estropee.

Pero es que Alison me escucha, me entiende, no se compadece de mí y no piensa que soy rara por querer estar sola o porque me guste la lectura. Ella es diferente.

Es agradable poder pasear o hablar con alguien que no sean Cathy o su madre. Representa un soplo de aire fresco. Cada vez que estoy con Alison me gustaría que nuestras conversaciones pudiesen durar para siempre, quisiera que fuesen eternas. No importa de lo que hablemos, siempre parece que estamos en sintonía, no me había sentido tan identificada con nadie nunca, ni siquiera con Cathy. Y el cosquilleo que me provoca en la parte baja del vientre cada vez que la veo sigue sorprendiéndome.

***

Poco a poco, voy siendo consciente de lo que ese cosquilleo significa, aunque no sé si me gusta o me aterra. Sería algo muy bonito, ¿qué puede ser mejor que sentir algo por tu mejor amiga? En cambio,

tengo miedo de expresar mis sentimientos y alejarla de mí, incluso de que esos sentimientos ni siquiera existan.

Quedamos casi todos los días junto al arroyo en el bosque y a veces, viene a buscarme a la salida del instituto. Le he preguntado a qué escuela va y me ha parecido que evita la pregunta diciendo que siempre ha sido educada en casa. El caso es que Alison parece estar tan contenta de verme a mí como yo a ella y me pregunto si eso será que también empieza a sentir algo más allá de la amistad.

Ojalá ella sienta lo mismo y ojalá tenga más valentía que yo a la hora de expresar sus sentimientos, porque esto me está matando. Cada vez soy más consciente de que mi atracción por Alison crece día a día. Junto a ella parece que he descubierto un nuevo idioma, me siento segura, a gusto, protegida. Empiezo a fijarme en los pequeños detalles a su alrededor, la manera en que arruga la nariz al pensar, la extraña forma en la que el sol parece reflejarse sobre su piel, su preciosa sonrisa. Ayer me estuvo tomando el pelo cuando le dije que me gustaban los libros de romance paranormal. Me encanta el concepto de alma gemela que aparece en las historias de hombres lobo o de vampiros. No sabría explicarlo, pero mientras hablábamos de esas chorradas, sus ojos parecían iluminarse y resultaban aún más bonitos.

Como era de esperar, Cathy empieza a percatarse de que voy cada día al arroyo del bosque y de que vuelvo a última hora. Eso sin contar con que me ha visto un par de veces junto a Alison a la salida del instituto y me pregunta de vez en cuando por ella, aunque contesto con evasivas y ella no presiona.

***

Corro nerviosa hacia mi casa, se me ha hecho más tarde de lo habitual y la madre de Cathy se preocupa si llego con retraso. Al abrir la puerta dejo escapar un largo suspiro mientras trato de recuperar la respiración. Mis pulmones arden y tengo los muslos agarrotados por la carrera, pero respiro aliviada al ver que la madre de Cathy aún no ha llegado a casa.

Sin embargo, al subir a mi habitación, me encuentro a mi amiga esperándome, sentada sobre mi cama como cuando éramos más pequeñas.

—Últimamente sonríes mucho más de lo habitual —exclama tirándose sobre mi cama y colocando las manos entrelazadas por detrás de su nuca—. Sé que esa chica te gusta —añade con una

sonrisa.

Quiero decirle que sí, me gustaría admitir que empiezo a sentir algo por Alison que va mucho más allá de la amistad. Sé que Cathy estaría encantada de escucharme y que podría ayudarme. Al fin y al cabo, el noventa por ciento de las conversaciones que tiene con su grupo de amigas son sobre sus novios, sobre sus aventuras y desventuras amorosas. Sin embargo, algo me impide abrirme con ella, aún me da demasiada vergüenza.

—No sé de lo que hablas —respondo con sequedad.

—No te hagas la tonta, Kerstin. Ven, túmbate aquí conmigo y vamos a charlar como hacíamos hace años —insiste Cathy golpeando el colchón con la palma de su mano.

De pronto, el corazón me da un vuelco y empiezo a ponerme muy nerviosa. Me tumbo a su lado en la cama, mis ojos en el techo para no observar su mirada inquisitiva, y el corazón late con fuerza dentro de mi pecho.

—¿Por qué piensas eso? —tartamudeo con la garganta seca sin saber qué responder.

—Cada vez que quedas con ella actúas como si acabases de llegar a casa tras una cita. Créeme, conozco bien esa mirada que se te queda cuando estás enamorada de alguien —me asegura Cathy arqueando las cejas y asintiendo con la cabeza.

Tras decir esas palabras, me mira de arriba abajo, sonriendo y poniéndome muy nerviosa. Estoy segura de que no se me puede notar tanto como ella dice, pero me preocupa aún más que Alison pueda notarlo también y no solo Cathy.

—No sé de qué hablas. Alison es tan solo una amiga —asevero tajante levantándome de la cama y acercándome al armario para quitarme la ropa y ponerme un pijama.

—Kerstin, sabes que puedes confiar en mí —añade Cathy levantándose y rodeando mi cintura desde atrás antes de besar mi mejilla —puedo verlo en tu cara cuando hablas de ella.

El espejo del armario me devuelve el reflejo de sus ojos llenos de esperanza y en mi interior sé que quiero hablar con ella de lo que siento, pero no estoy segura de querer comentarlo todavía.

—Prefiero no hablar de eso, Cathy. No sé muy bien lo que siento por ella, tan solo que tenemos una conexión muy buena entre nosotras y no quiero estropearla por nada de este mundo, así que prefiero evitar ese asunto —respondo encogiéndome de hombros.

—Puedes contar conmigo cuando estés preparada —asegura Cathy— ¡Es tan bonito verte enamorada por primera vez! —añade con un guiño de ojo antes de salir por la puerta.

Una parte de mí quiere contarle a Cathy lo que siento, incluso ir más allá y contárselo a Alison. Me gustaría saber si ella siente lo mismo, si puede ser amor o simplemente un vínculo muy fuerte entre nosotras, o admiración, o lo que sea.

Solo sé que si no lo hablo con alguien acabaré volviéndome loca porque últimamente pienso en ello de continuo y es aterrador. Me arriesgo a ser rechazada por Alison. No solo eso, también a perderla como amiga, y eso es algo demasiado importante para mí en estos momentos.

Nunca he sido nada enamoradiza, cuando Cathy y sus amigas empezaron a fijarse en los chicos del instituto, no entendía qué veían en ellos. Pero el caso es que tampoco me llamaba la atención ninguna chica. Ni antes ni ahora, salvo Alison, claro. Quizá con la muerte de mis padres me cerré más aún sobre mí misma y aparté cualquier interés.

Es cierto que algunos chicos y una chica se han acercado a mí para invitarme a ir al cine o a tomar algo, pero siempre he puesto una excusa para no hacerlo, hasta que con el tiempo nadie más ha vuelto a intentarlo. No estaba abierta a la posibilidad de enamorarme y tampoco sentía que lo necesitara; cuando conocí el término asexual creí reconocerme en ese espectro, pero ya no tengo nada claro.

Lo que sí tengo muy claro es que he alejado de mí a tanta gente en el instituto que me han catalogado como “no disponible”. Recuerdo una vez en el baño escuchar a dos de las alumnas hablando de las chicas que les parecían guapas. Mi nombre salió en la conversación, pero pronto comencé a escuchar comentarios como “esa va a su bola” o “no hay nada que hacer con ella”. El resto de los estudiantes se había dado cuenta de que no quería estar con nadie y había dejado de intentarlo. No les culpo, era lo lógico y para mí era algo cómodo.

No me siento a gusto en ese terreno, soy demasiado tímida y me cuesta expresar mis emociones o abrirme a la gente. Con Alison, en

cambio, tengo algo especial, quiero estar a su lado, pero me moriría si se aleja de mí por culpa de esto. Prefiero no hacer el ridículo sin motivo y perderla para siempre.

Capítulo 6

Kerstin

—Tengo una pregunta para ti —anuncio abriendo la puerta de la habitación de Cathy.

Está tumbada en la cama con el teléfono móvil en la mano y al verme entrar alza la mirada sorprendida.

—Tú dirás —responde haciéndome una seña para que me siente en la cama a su lado y dejando el teléfono sobre el colchón, cosa que agradezco porque es misión imposible tener una conversación con ella si tiene el móvil en la mano.

Pellizco nerviosa el puente de mi nariz, tratando de ordenar en mi mente las palabras que quiero decir antes de expresar mi pregunta. Hay muchas cosas que me gustaría saber y creo que ella es la persona adecuada. Han pasado ya dos semanas desde que tuvimos aquella pequeña conversación en la que me dijo que estaba segura de que me gustaba Alison y no logro quitármelo de la cabeza. Ahora, Cathy ya conoce a Alison, incluso han hablado un par de veces durante un rato, y creo que puede tener una opinión mejor formada.

—¿Cómo has sabido que sentías algo por tu novio? Es decir, más allá de que te pueda gustar su apariencia física, ¿qué sentías cuando estabas a su lado? —pregunto con miedo, mi voz casi un susurro.

Apenas esas palabras salen de mi boca, Cathy se levanta de golpe, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo sabía, sabía que te gustaba Alison. Te estás enamorando, lo puedo ver en la forma en que la miras, se te iluminan los ojos al verla. ¿Se lo vas a decir por fin? —inquiere colocándose junto a mí y cogiendo mis manos entre las suyas.

—No sé si lo haré —reconozco bajando la mirada—tan solo quería saber cómo has sabido que te gustaba tu novio. No sé si quiero decírselo y arriesgarme a que ella no sienta lo mismo por mí y quedar como una imbécil.

—No vas a quedar como una imbécil por eso —me asegura Cathy apretando mis manos.

—¿Y si le parece mal? No quiero alejarla de mí ahora que me

siento tan a gusto con ella —confieso encogiéndome de hombros.

—Incluso si ella no siente lo mismo por ti, no vas a perder su amistad salvo que no seas capaz de respetar su decisión y sigas insistiendo. Jamás sabrás si ella siente lo mismo si no se lo preguntas, porque me parece que esa chica es igual de tonta que tú para esas cosas —bromea Cathy sacudiendo la cabeza divertida.

—No sé si estoy preparada todavía. Cada vez que está muy cerca de mí siento un cosquilleo en la parte baja del vientre y una presión en el pecho. Últimamente me fijo muchísimo en sus labios y cuando me abraza y siento el roce de sus pechos sobre los míos, me pongo nerviosísima —admito sintiendo el calor subiendo por mis mejillas.

—Lo sé, te he escuchado varias veces por la noche pensando en ella. Recuerda que nuestras habitaciones están pegadas —añade Cathy elevando las cejas.

Inmediatamente suelto sus manos y escondo el rostro entre las mías llena de vergüenza. Querría que la tierra me tragase en estos instantes. Mi corazón late con fuerza mientras me incorporo para abandonar el dormitorio sin ni siquiera atreverme a mirar a Cathy a los ojos.

—No seas tonta, Kerstin. Es lo más normal del mundo, yo también lo hago —reconoce tirando de uno de mis brazos para que vuelva a sentarme junto a ella en la cama.

—Creo que necesito un tiempo para pensar lo que quiero hacer —reconozco apoyando la cabeza en su hombro mientras le doy un abrazo y Cathy acaricia mi espalda.

Me permito tomar unos momentos para respirar lentamente, dejando escapar el aire poco a poco antes de romper nuestro abrazo y abandonar su habitación.

—No lo pienses demasiado porque esa chica no podrá esperarte para siempre —me recomienda mi amiga con un guiño de ojo mientras estoy saliendo por la puerta.

***

Al día siguiente, vuelvo a encontrarme con Alison junto al arroyo del bosque. Para nosotras es una especie de lugar secreto, nuestro santuario. Un sitio en el que podemos estar a solas sin que nadie nos moleste en ningún momento, disfrutando de la naturaleza; con el

sonido del agua y de los pájaros a nuestro alrededor, algo que a las dos nos encanta.

A veces, lo pienso más tarde en casa, pero a pesar de que nos vemos casi todos los días, nunca me canso de hablar con ella. Puedo charlar con Alison de cualquier cosa, parece tener una cultura amplísima y conoce datos históricos súper interesantes sobre las cosas más variopintas. Aunque sobre todo, es la persona que mejor me entiende. Nunca me juzga, simplemente me escucha y me da su opinión si la requiero. Es una cosa rarísima, pero en cuanto me separo de ella, ya la echo de menos.

—Entonces, ¿nunca has salido con nadie? —pregunta Alison clavando en mí sus profundos ojos negros.

No sé cómo hemos empezado a hablar de Cathy y sus amigas y la conversación ha acabado en los novios de todas ellas y que ninguna de nosotras dos estaba saliendo con nadie en estos momentos. Supongo que ha sido mi subconsciente jugándome malas pasadas y sacando temas que quiero conocer aunque no me atreva a preguntar abiertamente. Ya le he respondido a esa pregunta, admitiendo que nunca he estado en una relación, pero el hecho de que me lo vuelva a preguntar para asegurarse me indica que para ella es importante, con lo que mi corazón se acelera quizá más de la cuenta.

—Nunca —respondo con las mejillas acaloradas.

Es un tema del que no me gusta hablar porque en el instituto todo el mundo parece estar obsesionado con encontrar pareja, sobre todo a medida que se acerca el baile de fin de curso. Para la mayoría de los estudiantes, si no estás saliendo con alguien al llegar al dichoso baile eres una apestada o gilipollas, o ambas cosas. No entiendo las prisas por tener una relación, si se lo tomasen con más calma evitarían los disgustos que muchas de mis compañeras se están llevando en estos dos últimos años. O los embarazos no deseados.

—¿Te gusta alguien? —interrumpo para desviar su atención y cambiar de tema, aunque de inmediato me doy cuenta de que ha sido de nuevo mi subconsciente el que me ha traicionado.

—Me gusta una chica. Estoy súper a gusto a su lado, pero no sé si ella sentirá lo mismo por mí —reconoce Alison levantando tímidamente la mirada y clavándola en mí como si quisiese observar mi reacción.

Simplemente sonrío, aunque me acabo de poner muy nerviosa y

mis manos tiemblan tanto que las tengo que meter en los bolsillos de la sudadera para que no se note.

—¿Quieres hablarme de ella? —pregunto muerta de miedo con un hilo de voz.

—¿Te sientes cómoda sabiendo que me gustan las chicas? —interrumpe Alison de pronto.

—Totalmente cómoda —le aseguro asintiendo con la cabeza—. De hecho, cada vez estoy más convencida de que a mí también, así que me vendrá bien hablar contigo de eso.

Alison sonríe y le devuelvo la sonrisa, intento mantener una actitud firme, aunque la realidad es que me estoy volviendo loca de los nervios que siento en estos instantes. Tengo una mínima esperanza de que me diga que esa chica que le gusta soy yo, pero es tan solo eso, una mínima esperanza sin fundamento de ningún tipo. Lo normal es que me diga que está enamorada de otra y me rompa el corazón en mil pedazos ahora que por fin he reconocido en mi interior lo que siento por ella.

Hay un pequeño rubor en sus mejillas, pequeñísimo, apenas visible, pero que espolvorea su pálida piel con un ligerísimo color rosa que le hace parecer increíblemente hermosa. Es la primera vez que le ocurre y le favorece tanto que es imposible de ignorar.

—Cuéntamelo todo sobre esa chica que te gusta, sin escatimar detalles —la animo con una amplia sonrisa.

Intento con todas mis fuerzas apartar mis sentimientos para servirle de apoyo. Quiero que sepa que puede contar conmigo, que estoy a su lado sea lo que sea. Ahora ya estoy casi convencida de que esa chica no soy yo, pero no hay razón para que dejemos de ser amigas si le gusta otra persona. Tengo claro que no quiero perderla.

—Es una chica preciosa —comienza Alison haciendo que mi corazón dé un salto mortal —es alta, tímida, tiene una gran personalidad y ha pasado por muchas cosas. Cuando estoy a su lado me siento una persona muy especial y me encanta hablar con ella.

Describe vagamente a la chica en cuestión, pero ahora estoy completamente segura de que no se refiere a mí. Supongo que sí soy alta, y también he pasado por muchas cosas, pero todo lo demás no encaja. Un halo de tristeza se forma a mi alrededor y ni siquiera soy capaz de escuchar sus palabras, aunque el mero hecho de que haya

admitido que le gustan las chicas me da esperanzas. Quizá en este momento no le gusto o prefiere a otra, pero eso no quiere decir que en el futuro deba seguir siendo así.

—¿Has pensado en decirle lo que sientes por ella? —pregunto con una sonrisa dándome cuenta de que mis ojos están posados sobre sus labios, observando cómo los humedece con la punta de su lengua antes de continuar hablando.

—Lo he pensado, pero no estoy segura de que ella sienta lo mismo. Quizá sea un poco pronto para eso y no me gustaría asustarla. No tiene demasiada experiencia y me da la impresión de que ha estado cerrando su corazón a la posibilidad de tener una pareja durante demasiado tiempo —reconoce arrugando la nariz.

Parece nerviosa mientras habla y no puedo evitar sonreírle para darle ánimos. La forma en que divaga sin decir nada en concreto de esa chica me hace querer inclinarme hacia ella y darle un abrazo para asegurarle que todo estará bien.

—Esa chica sería una idiota si no le gustases —le aseguro colocando mi mano derecha sobre su muslo.

Por muy duro que me esté resultando escucharla hablar de otra persona, quiero hacerla sentir que siempre la apoyaré, que ante todo soy su amiga. Sobre todo, quiero que Alison sea feliz, pero el tacto de mi mano sobre su muslo me hace sentir cosas que no debería estar sintiendo en estos momentos.

Me quedo observándola durante unos instantes y mi corazón se detiene cuando nuestras miradas vuelven a cruzarse y ambas nos sonrojamos. Ella lo hace ligeramente, como había hecho antes, yo supongo que un montón. Aparto la mirada y la fijo en mis zapatillas de deporte blancas, aunque no puedo evitar sorprenderme a mí misma al darme cuenta de que mi mano acaricia su muslo como si tuviese vida propia.

En ese momento, un escalofrío recorre todo mi cuerpo, Alison observa mi mano acariciando su pierna y dirige a continuación su mirada a mis ojos, aunque yo no me atrevo a mantenerle esa mirada. Tampoco me atrevo a retirar mi mano que está consiguiendo que todo mi cuerpo tiemble y que el cosquilleo en la parte baja de mi vientre sea ahora insoportable.

—Me alegro de que hayas encontrado a una chica que te guste, yo no he tenido tanta suerte. Supongo que desde la muerte de mis padres

he cerrado mi corazón demasiado. En el instituto prefiero estar sola, sin que nadie me moleste, y tan solo estos momentos hablando contigo junto a este arroyo permiten que afloren parte de mis emociones —reconozco dejando escapar una mínima sonrisa y retirando mi mano derecha de su pierna.

No sé por qué he cambiado de tema, supongo que porque me estoy poniendo muy nerviosa al acariciar su pierna. Era una buena oportunidad para profundizar algo más y Alison no ha hecho nada por retirar mi mano; es más, yo juraría que le estaba gustando. Podría interpretarse como un gesto cariñoso, creo que yo misma lo inicié como justamente eso, aunque el nivel de excitación que sentí en algunos momentos ha sido el más grande que recuerdo.

—A mí también me ha costado mucho empezar a sentir algo por esa chica, no te puedes ni imaginar cuanto —reconoce Alison entre susurros.

Al decir esas palabras, extiende su mano para coger la mía, haciendo que levante la cabeza para mirarla. Respiro agitada al sentir su dedo pulgar acariciando el reverso de mi mano y bajo los ojos ruborizada antes de llevarlos de nuevo a sus labios. Quienquiera que sea la chica de la que se está enamorando es muy afortunada, no creo que sea consciente de cuánto lo es.

Sonrío tímidamente mientras mi pecho se hincha con cada profunda respiración, dándome cuenta de lo cerca que estamos la una de la otra y de que ninguna de las dos parece dispuesta a separarse ni un solo milímetro.

Capítulo 7

Kerstin

Con el paso de los días me voy dando cuenta de lo positiva que está siento mi amistad con Alison. He cambiado a mejor, me voy abriendo poco a poco al resto de la gente y sé que siempre está a mi lado para cualquier cosa que necesito. Junto a ella me siento muy segura, consciente de que puedo ser yo misma, aunque empiezo a necesitar algo más. Ya no me vale con ser amigas, cada vez que la veo me quedo embobada con la vista fija en sus finos labios o en sus pechos y por la noche pienso demasiado en ella.

Quiero creer que a ella le está ocurriendo algo similar porque las últimas veces que hemos quedado junto al arroyo en el bosque estaba distinta. No me ha querido hablar nunca más de aquella chica que le gustaba y parece un poco triste, como melancólica. Es como si algo le preocupase. Nunca había tenido miedo de nada, incluso cuando atravesábamos el bosque de noche de vuelta a casa parecía tranquila.

Siempre me acompaña hasta mi casa, dice que se siente mejor dejándome a la puerta y recuerdo un día que se acercaron a nosotros una pandilla de borrachos. Yo estaba muerta de miedo, en cambio Alison se dirigió a ellos con una calma que me sorprendió, como si estuviese absolutamente segura de que no podrían hacerle daño.

Ahora, cuando paseamos por el bosque, salta con cualquier ruido. Mira constantemente alrededor y si se cruza una ardilla o el viento menea las ramas de los árboles se detiene y se queda alerta. En las ocasiones en las que he tratado de hablar sobre ese giro en su comportamiento cambia de conversación, aunque está claro que algo le preocupa.

***

Ha pasado una semana desde la última vez que vi a Alison y estoy destrozada. No entiendo lo que ocurre, no ha vuelto a buscarme al instituto ni aparecido en nuestro lugar favorito junto al arroyo. Tampoco contesta a mis mensajes ni responde al teléfono.

Cathy dice que debo darle tiempo, que quizá ella está pasando por lo mismo que yo y esté asustada de sus propios sentimientos. Lo lógico sería hablarlo entre nosotras, no desconectar de mi vida de repente. Entiendo que debo darle espacio si eso es lo que necesita, pero no puedo evitar preocuparme por ella. Por más que lo intento, no

puedo sacar de mi cabeza la idea de que algo malo le ha pasado y que ha sido por mi culpa.

Tan solo sé que su ausencia deja un vacío en mi interior que no puedo llenar de ninguna manera. Sé también que la depresión ha vuelto con fuerza, como si quisiese vengarse por las últimas semanas en las que ya no era más que un mal recuerdo. Han regresado los ataques de ansiedad, la falta de aliento, el no poder dormir, las pesadillas cuando lo hago.

Vivo pegada al teléfono, esperando un mensaje de Alison, una llamada. Me da igual el motivo de su ausencia, tan solo quiero que vuelva a aparecer en mi vida. Estos días sin ella me han enseñado a comprender todo lo que la necesito. La echo demasiado de menos, tanto que no puedo vivir sin su presencia.

Han regresado las visitas al psicólogo, las preocupaciones, la falta de hambre, las discusiones con la madre de Cathy. Sé que solo quiere lo mejor para mí, pero no soporto sus continuas preguntas o sus intromisiones constantes en mi vida. Tan solo quiero estar sola. Y llorar. Llorar hasta que no me queden más lágrimas porque necesito ver a Alison de nuevo.

Ayer por la noche escuché a Cathy hablar con su madre sobre mí cuando pensaban que me había ido a dormir. Mi amiga le habló de Alison, de cómo yo estaba enamorada de ella y de pronto se esfumó, desapareció sin dejar rastro y ahora ignoraba mis mensajes y por eso estaba deprimida. Me dolió escucharlo, primero porque no debía habérselo contado y segundo porque solamente es cierto en parte. Es verdad que saber que no responde a mis mensajes es devastador, pero creo que la parte en la que me preocupo por si le ha pasado algo pesa más que el despecho.

***

Han transcurrido otras dos semanas y sigo sin saber nada de Alison. A medida que van pasando los días, voy volviendo a mi rutina habitual de antes de conocerla, a la antigua Kersin ensimismada en su vida interior. La Kerstin que simplemente respira y poco más, la que no habla con nadie en el instituto y se sienta junto a una ventana a ver pasar las horas. Ya va quedando poco para el final de las clases y ni siquiera sé lo que quiero hacer con mi vida tras la graduación. Sigo echando de menos a Alison, pero ya no sé qué pensar sobre ella.

Si tras el accidente de mis padres con aquel animal salvaje me

costaba hacer amigos, ahora las cosas han ido a peor. No se me acerca nadie, ya casi ni Cathy lo hace. Estoy aterrorizada de volver a abrir mi corazón y que esa persona desaparezca de mi vida como lo ha hecho Alison, prefiero alejar a todo el mundo. Mis compañeros no han tardado en aceptar esta versión de mí misma, supongo que es la vuelta a la normalidad y me ignoran por completo.

He vuelto a mi antigua rutina: escuela, paseo por el bosque hasta el arroyo, sentarme allí a escuchar el sonido del agua y de los pájaros y vuelta a mi casa. Todos los días son iguales unos a otros hasta el punto en el que me cuesta diferenciarlos.

Al volver por el sendero del bosque desde el arroyo el crujido de una rama me sobresalta. Por un momento, se me escapa una sonrisa pensando que pueda ser Alison que ha cambiado de idea y ha regresado, pero se me hiela la sangre al ver a dos tipos corpulentos mirándome fijamente.

Pueden tener más o menos mi edad, pero estoy segura de que nunca los había visto. Son idénticos, seguramente gemelos, con el pelo muy negro y la piel pálida. Visten una camiseta bastante pegada al cuerpo que deja ver con claridad su musculatura y mi cerebro se pone inmediatamente en modo supervivencia al observar que empiezan a moverse en mi dirección.

Mi corazón se acelera con miedo, regresan a mi cabeza las palabras de la madre de Cathy diciéndome que no le gusta que ande sola por el bosque porque podría ser peligroso para mí. Se cuenta que hace unos años habían violado a una chica algo mayor que yo y tiemblo al recordarlo.

Mi mente es un avispero de ideas decidiendo mi mejor opción. No puedo seguir adelante por el sendero porque ellos vienen en esa dirección, pero si doy la vuelta me adentraría más aún en el bosque y las posibilidades de que alguna persona pase por allí son muy remotas, y mucho menos a esta hora. Ni siquiera escucharían mis gritos si intentan hacerme algo.

No soy capaz de pensar con claridad, las lágrimas me nublan la vista y el miedo atenaza mis músculos. No conozco sus intenciones pero siguen avanzando hacia mí y su mirada parece amenazante.

Sin poder aguantar más la tensión, giro sobre mí misma y corro en dirección contraria lo más rápido que puedo, adentrándome más y más en el bosque, aun sabiendo que si me atrapan en esa zona nadie

podrá socorrerme. Sigo siendo bastante rápida, antes de la muerte de mis padres estaba en el equipo de atletismo de la escuela, aunque nunca he sido de las mejores y ahora estoy muy desentrenada.

Corro por el sendero con el corazón en un puño porque ahora estoy segura de que vienen a por mí. Los dos tipos han empezado a correr en cuanto yo lo he hecho y me persiguen por el sendero de tierra a poca distancia, como si estuviesen jugando conmigo. Eso quiero pensar, que solamente pretenden asustarme, que son dos imbéciles borrachos o drogados que se divierten pegando un susto de muerte a una chica que va sola.

Eso quiero pensar porque la otra opción es que me estén llevando conscientemente hacia el interior del bosque donde podrán hacerme lo que quieran sin que nadie escuche mis súplicas de ayuda.

Me falta el aire en los pulmones y los músculos de las piernas me queman pero no dejo de correr, no quiero que esos dos tipos consigan atraparme, no quiero ni siquiera pensar en sus intenciones.

En cuanto me adentro en el bosque todo se vuelve más oscuro, el sendero apenas puede seguirse, ahora es estrecho y está cubierto de vegetación, ya nadie camina por esta zona y sé que si me alcanzan no habrá nadie que me pueda ayudar. Dirijo los ojos al suelo, tratando de no tropezar con ninguna de las raíces que empiezan a sobresalir por lo que queda de la senda cuando, de pronto, me topo de bruces con un cuerpo fuerte y caigo hacia atrás por el impacto.

Un grito se ahoga en mi garganta al mirar hacia arriba y comprobar que uno de los dos tipos que me perseguían está justo delante de mí, ni siquiera se ha movido con el impacto y tampoco sé cómo ha podido correr tan rápido de repente o por dónde me ha adelantado. El que parece su hermano está justo detrás de mí cubriendo mi huida y ahora estoy completamente segura de que sus intenciones no son buenas.

Tiemblo todavía sentada en el suelo, ni siquiera soy capaz de sentir el dolor de la herida que tengo en mi codo al rozarme con la gravilla del sendero. Tan solo me preocupa lo que puedan hacerme. Les observo con los ojos repletos de lágrimas, alternando mi mirada entre ambos y sus ojos me recuerdan a Alison. Joder, incluso en estos momentos tengo que acordarme de ella, es lo último que necesito.

El tipo que tengo delante se agacha hacia mí y cogiéndome del brazo me levanta del suelo con una fuerza sobre humana. Es como si

no hubiese supuesto ningún esfuerzo para él, y en ese momento comprendo que cualquier intento de lucha es totalmente inútil por mi parte. Ambos hacen un largo silencio, observándome e intercambiando miradas, como intentando comprender algo que se les escapa, como si estuviesen hablando sin decir ni una sola palabra.

—Por favor, no me hagáis nada —suplico con un hilo de voz que apenas puede escapar de mi garganta.

Uno de ellos parece divertido ante mis ruegos y suelta una extraña carcajada mientras que el otro entorna los ojos y menea la cabeza, como si pudiese acceder a los pensamientos de su hermano y no le gustase lo que está pensando.

—No creo que te doliese mucho, no sería la primera vez, ¿no? —agrega con una nueva carcajada.

No le respondo, ni siquiera me atrevo, pero mi cara de terror habla por sí misma y contesta a su pregunta por mí.

Sus pupilas se han dilatado y sus ojos se han vuelto aún más negros. Me mira de arriba abajo, mordiendo su labio inferior con deseo y solo me atrevo a cerrar los ojos entre sollozos esperando que esta pesadilla se acabe cuanto antes.

—Eso cabrearía demasiado a Alison —interrumpe su hermano— quítatelo de la cabeza.

¿Alison? Abro los ojos como platos y miro a esos dos tipos sin comprender nada. ¿Hablan de la misma Alison? ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—¿Cuándo fue la última vez que la viste? —espeta el que me tiene sujeta cogiéndome por la garganta.

Intento negar con la cabeza, llevo ambas manos a la garganta tratando de retirar la suya, pero no consigo mover ni uno de sus dedos. Me cuesta respirar y la noche empieza a caer sobre nosotros. Por algún motivo empiezo a obsesionarme con que moriré en lo más profundo del bosque, rodeada de árboles que tapan incluso los rayos del sol, en la oscuridad, sola. Tan solo espero que no me hagan sufrir.

—¿Cuándo fue la última vez que has visto a Alison? —insiste el tipo que me estaba sujetando, lanzándome contra el suelo.

Aterrada, trato de respirar para que el aire llegue a mis pulmones.

Tiemblo de la cabeza a los pies. Estoy tan confusa que ya no sé si escucho el nombre de Alison o es mi imaginación y el miedo los que me están jugando una mala pasada. Es como estar atrapada en la peor de tus pesadillas, pero sabiendo que en este caso es muy real y que no te despertarás llena de sudor frío. Cuando terminen conmigo, es posible que no me despierte.

—Es la última vez que te lo pregunto por las buenas, la próxima no te gustará. ¿Cuándo fue la última vez que has visto a Alison? —increpa de nuevo uno de los tipos en un tono amenazante.

De pronto, empiezo a unir los puntos, quizá Alison está en peligro y por eso ha desaparecido. Es posible que estos dos sean unos delincuentes que la hayan amenazado o la estén extorsionando de alguna manera. Realmente, no conozco nada de su vida, siempre contesta con evasivas o cambia de tema. Es extraño cómo funciona la mente humana, pero en este momento tan solo quiero protegerla.

—Ha pasado un mes —intento explicar —hace más de un mes que no la veo —respondo entre sollozos mientras seco las lágrimas de mis ojos con la manga de la sudadera.

Parece que mi respuesta, aun siendo la verdad, no es lo que les gustaría escuchar y uno de ellos aprieta con fuerza mi brazo, tanto que temo que me lo pueda romper. El dolor se hace insoportable y empiezo a comprender que no les importará hacerme sufrir mientras se divierten conmigo.

—Sabemos que has estado quedando con ella junto al arroyo ese. Tienes que dejar de verla antes de que pierda los estribos y te haga daño —expone el otro gemelo que parece más calmado, haciendo una seña a su hermano para que me suelte.

El que me sujeta suelta mi brazo de mala gana, volviendo a tirarme al suelo y provocando en mí un nuevo arañazo al caer, esta vez en la pierna derecha. Sus palabras no tienen sentido para mí, Alison es la persona más dulce que conozco, no haría daño ni a una mosca, todo lo contrario que estos dos que asustan con solo mirarlos.

—Alison siempre ha sido amable conmigo —me sorprendo murmurando en bajo, tragando saliva al observar que las pupilas del que parece más agresivo se han vuelto a dilatar.

—Así es como empieza —interrumpe el más calmado. Comienza siendo amable, más tarde escucha pequeños sonidos que no existen y antes de que te des cuenta te hará daño. Es mejor que te alejes de ella

y no mantengas ningún contacto —añade bajando el tono de voz, como si intentase por primera vez darme confianza.

—No sé de lo que estáis hablando y tampoco tengo ningún interés por volver a hablar con Alison —miento tratando de mantener la calma—. Se ha hecho de noche y pronto llamarán a la policía para buscarme, saben que vengo a este bosque a diario y mi teléfono móvil tiene una aplicación de seguimiento —amenazo en un último intento por que me dejen marchar.

Los gemelos intercambian una mirada y ríen como si hubiese dicho alguna tontería. Sacando fuerzas de flaqueza y rebuscando entre la poca valentía que me queda, me levando del suelo y cierro los puños, indicando con mi actitud que no estoy dispuesta a dejarme dominar tan fácilmente, pero solo consigo enfadarles aún más.

—Si quieres hacer esto por las malas no te va a gustar el resultado —gruñe el más agresivo volviendo a cogerme por la garganta y levantándome del suelo con un solo brazo.

Imagino que mi cara de terror cuando mis pies tocan de nuevo el suelo debe ser todo un poema. Tiemblo de la cabeza a los pies, me llevo una mano a la garganta y la acaricio intentando respirar. Ya ni siquiera lucho por contener las lágrimas que brotan descontroladas de mis ojos temiendo lo peor.

—Por favor, no me hagáis nada —suplico entrelazando mis dedos como un ruego.

—Quiero divertirme un rato con ella —espeta de pronto el más agresivo mirando a su hermano.

Dejo escapar un suspiro de angustia, incapaz de comprender por qué la vida se ceba conmigo haciéndome sufrir de esta manera. Como si no hubiese tenido suficiente perdiendo a mis padres a manos de aquel animal salvaje, ahora me encuentro con estos dos desalmados dispuestos a abusar de mí. Me abrazo a mí misma, tapando mi boca con la mano derecha entre sollozos, odiando mi mala suerte, maldiciendo el momento en que me adentré sola en este jodido bosque.

—¡Escucha! —grita el más calmado haciéndome abrir los ojos como platos—. Quiero que comprendas que debes alejarte de Alison, es muy peligrosa. No respondas a sus mensajes ni hables con ella en ningún modo —insiste en una voz aterradora, una voz que no parece humana.

Tras decir eso, hace una seña con la cabeza a su hermano y los dos continúan por el sendero hacia lo más profundo del bosque, una zona en la que la vegetación crece salvaje y en la que nadie se adentra nunca. Suspiro temblando al ver cómo se alejan de mí, mueven la cabeza como si estuviesen hablando, aunque no consigo escuchar ni un solo sonido saliendo de sus bocas. Tampoco me importa, en cuando les tengo a unos cuantos pasos de distancia, giro sobre mí misma y corro por la senda en dirección a mi casa todo lo rápido que pueden llevarme mis piernas, tropezando ocasionalmente con alguna raíz o una piedra, sin detenerme lo más mínimo, incapaz de creer que me hayan dejado salir ilesa de este encuentro.

Al llegar al portal de mi casa, trato de recuperar la respiración, sacudiendo con las palmas de las manos la tierra que tengo en las piernas y el trasero. Deseando con todas mis fuerzas no encontrarme a Cathy ni a su madre, porque no sabría ni cómo empezar a explicarles lo que ha pasado.

Por fortuna, consigo llegar a mi habitación sin cruzarme con nadie y me encierro en el baño todavía temblando. Al mirarme al espejo, observo mi cara llena de tierra, las marcas de mis lágrimas en las mejillas, mi pelo completamente despeinado, con algunas hojas enganchadas en mi melena rubia, y de pronto recuerdo a Alison. Sé que me ignora, pero quizá exista una buena razón para que lo esté haciendo. Si estos tipos la están buscando debe saberlo, tengo que avisarla, necesita estar preparada y alejarse lo más posible de esta ciudad.

“Alison, dos tipos grandes que parecían gemelos me han asaltado en el bosque. Estoy bien, pero me han amenazado para que no me acerque a ti ni me ponga en contacto contigo. Por favor, ten mucho cuidado. Te quiero”.

No sé por qué he añadido esas dos últimas palabras, pero ahora ya es tarde. El mensaje está enviado y esta vez sí lo ha leído, aunque tan solo obtengo un escueto “lo siento” como respuesta.

Capítulo 8

Alison

—¿Pero a vosotros dos qué coño os pasa? —grito con fuerza a mis hermanos irrumpiendo en su habitación y agitando el teléfono móvil delante de sus narices.

Prácticamente acaban de llegar a casa, y la mirada de confusión en su rostro me indica con claridad que no se esperaban que Kerstin se fuese a poner en contacto conmigo. Quizá tendría que haber mantenido la cabeza más fría. El mensaje de Kerstin solo trataba de ayudarme y descubriéndola la he puesto en peligro en caso de que a estos dos idiotas se les crucen las pocas neuronas que tienen en su cabeza.

Sin embargo, no puedo evitarlo. Los gemelos llevan causando problemas demasiado tiempo y soy yo la que se encarga de limpiar su mierda la mayor parte de las veces. Pero amenazar a Kerstin ya es ir demasiado lejos, me había separado de ella precisamente para que esto no ocurriese y no ha servido de nada.

—Sal de nuestra habitación, Alison —ladra mi hermano Mark —sabes que no tienes derecho a entrar, nosotros nunca entramos en la tuya.

—Me importan una mierda las reglas de esta casa. Si volvéis a acercaros a Kerstin os juro que os arranco la cabeza a los dos —amenazo alzando la voz para dejarles muy claro que no estoy dispuesta a aceptar lo que han hecho.

Los gemelos se miran el uno al otro y asienten con la cabeza comprendiendo que hablo muy en serio. En estos meses, Kerstin se ha convertido en algo muy importante para mí y deberían respetarlo. Ya le han hecho demasiado daño en su vida, no voy a permitir ahora que estos dos imbéciles se lo sigan haciendo. Si tengo que protegerla, no dudaré en hacerlo.

—Ni siquiera está permitido que te acerques a ella, Alison, tan solo le advertimos que se alejase de ti por su propio bien —puntualiza Lucas, que siempre ha sido bastante más calmado que su gemelo, aunque de inteligencia van los dos bastante justitos.

Levanta las manos en son de paz, como queriendo demostrarme que no buscan una confrontación directa. Incluso siendo dos contra

uno, yo soy más fuerte y rápida, el resultado final no sería bueno para ninguno de los tres.

—Ninguna ley me prohíbe hablar con ella —respondo agitada.

—No se nos prohíbe hablar, pero lo vuestro estaba cruzando una línea muy peligrosa. No podemos permitir que pongas en peligro a nuestra comunidad —expone Lucas intentando convencerme.

Soy muy consciente de que no puedo cruzar esa línea con Kerstin. Una cosa es alguna conversación casual y otra muy distinta hacia donde nos estábamos dirigiendo. He empezado a desarrollar sentimientos por ella. Por mucho que me duela, creo que la decisión de no volver a tener contacto con Kerstin ha sido la más correcta. En el fondo, Lucas tiene razón, pero no les corresponde a ellos juzgarlo, y mucho menos tomarse la justicia por su mano o decidir amenazar a la pobre chica. No quiero ni pensar el miedo que habrá pasado por culpa de estos dos imbéciles.

De Lucas sé que más o menos puedo fiarme, pero se deja llevar demasiado por su gemelo, y Mark es completamente inestable, en cualquier momento puede hacer una locura. Ya se ha metido en demasiados problemas en su vida, los ancianos tendrían que haber puesto fin a esta situación hace tiempo.

—Si volvéis a acercaros a ella os juro que os mato. No me importan las consecuencias, estáis avisados. Kerstin está bajo mi protección —gruño mirándolos fijamente a los ojos para asegurarme de que han captado el mensaje.

Ambos asienten con la cabeza sin decir nada. Por una décima de segundo, me parece que Mark quiere responder, pero Lucas se lo impide con esa extraña conexión que tienen entre ellos. Salgo de la habitación de mis hermanos dando un portazo, esperando que no traiga consecuencias porque es cierto que las reglas no me permiten entrar sin su permiso expreso. En cualquier caso, todos estamos incumpliendo las reglas porque ellos tampoco pueden amenazar a Kerstin por las buenas y yo he cumplido mi parte del trato separándome de ella.

Con un gruñido de disgusto me tiro sobre mi cama, enfadada y decepcionada a partes iguales. He sido una imbécil acercándome tanto a Kerstin; se supone que ya soy mayorcita para saber lo que puedo o no puedo hacer. Pero teníamos un trato y ellos tampoco podrían acercarse a ella, bastantes problemas habían causado hace tres años y

yo lo había tapado con esa condición. Todavía me acabaré llevando toda la culpa si esto sale a la luz.

¡Mierda de reglas! Tenemos reglas para todo en esta familia, no se puede hacer nada sin consultar antes alguna. Estoy harta ya. Se supone que es por nuestro bien, para evitar el peligro y preservar nuestra forma de vida, pero con los años han ido creciendo tanto que ya hasta cuesta mantenerlas en la cabeza.

Y luego están los gemelos, cuya única ambición en la vida parece ser poner esas normas a prueba o adivinar hasta qué punto son flexibles. Espero que en la próxima reunión familiar se aborde este asunto de una vez por todas, porque empiezan a causar demasiados problemas, no se puede continuar viviendo de este modo. He tenido que tapar sus desastres por mucho tiempo, demasiado, y ya me siento cansada.

Tumbada sobre la cama, observo el mensaje de Kerstin en mi teléfono móvil y se me hiela la sangre pensando en el miedo que habrá pasado. Golpeo con fuerza el colchón, azotando el móvil contra la almohada, pensando lo mucho que me gustaría poder ir a verla en estos momentos. Querría abrazarla, decirle que esa chica que tanto me gusta es ella, pero sé que debo mantenerla a salvo. Mi familia no lo aprobaría. Otra estúpida regla. Demasiados prejuicios acumulados a lo largo de los años. Tan solo causaría problemas para ambas.

Me duele estar separada de ella, me duele tanto que a veces no querría seguir viviendo. En cambio, sé perfectamente que no queda otro remedio, hace tres años juré protegerla y eso es lo que haré, incluso por encima de mi felicidad. Mis hermanos son unos imbéciles; amenazándola se han arriesgado a revelar detalles que Kerstin no necesita saber. Todo cambiaría si se enterase de algunas cosas.

Capítulo 9

Alison

Hace más de un mes que no veo a Kerstin. No importa lo ocupada que esté durante el día, mi mente siempre vuela a ella, tanto que he perdido varias veces la concentración en momentos cruciales. Imagino que para ella tampoco habrá sido nada fácil no volver a verme, o al menos eso quiero pensar.

Un caleidoscopio de recuerdos se agolpa en mi cabeza, cada uno de ellos creciendo en intensidad cada día que pasa. Recuerdo constantemente su sonrisa, el olor de su pelo, las pequeñas pecas en su nariz, sus finos dedos, su manera de mirarme. Un sentimiento de culpa golpea mi pecho cada vez que esto ocurre y maldigo el momento en que tomé la decisión de alejarme de ella, aunque haya sido por su seguridad.

Ayer en el entrenamiento, golpeé a uno de mis hermanos con mucha más fuerza de la necesaria. Suerte que nos recuperamos muy rápido y al día siguiente estaba ya bien, aunque tuvo que intervenir la sanadora. Y es que sigo sin sobreponerme a la idea de que hayan ido a por la pobre chica. Estaba bajo mi protección y les había asegurado que me había alejado de ella.

Soy muy consciente de los riesgos que he tomado acercándome a Kerstin y pasando tanto tiempo junto a ella. Va contra una de las normas más sagradas de nuestro linaje. También soy consciente de los profundos sentimientos que brotaron de mi corazón en cuanto llegué a conocerla un poco más a fondo. Unos sentimientos tan auténticos y olvidados que me llegaron a asustar.

En cuanto me di cuenta de lo que estaba ocurriendo y del peligro que corríamos, me separé; aseguré a mi familia que no volvería a verla. Aun así, su ausencia ha dejado un vacío en mi corazón que no soy capaz de manejar. Hacía demasiados años que no sentía algo así por una chica, ¿quizá doscientos? Y aquello no acabó nada bien para ninguna de las dos.

Toda la familia pareció entenderlo, incluso los ancianos. Todos excepto los gemelos, aunque debí habérmelo esperado porque ellos siempre tienen que nadar a contracorriente. Siempre actúan por libre, sin consultar con sus mayores y causando problemas. Siempre soy yo la encargada de limpiar su mierda. Y una y otra vez el consejo de ancianos aplaza la decisión sobre qué hacer con ellos.

Mi mente regresa al día en que la conocí. Estaba llorando y asustada, completamente perdida en la oscuridad de aquel sendero montañoso en los Apalaches. Su vida a punto de cambiar para siempre por culpa de mis hermanos. Ese día juré protegerla, no pude hacer nada por sus padres, pero me aseguré de llevarla sana y salva a un hospital para que se ocupasen de ella.

Desde aquella noche la he seguido de cerca, sintiendo una atracción extraña que se materializó en algo más poderoso en los últimos meses al conocerla mejor. Durante tres años la observé desde la distancia, muriendo de ganas por acercarme y entablar conversación. Incluso dentro de su tristeza, sus ojos retratan con detalle cada emoción que siente o cada pensamiento que cruza su mente. Es hermosa e inteligente, sensible y curiosa. Intrigante. Todo lo que se puede desear en una persona.

En cientos de ocasiones he dudado si acercarme a ella, pero comprendí que no era el momento adecuado. Aun así, cada vez que la veía sentada junto a ese arroyo, buscando tranquilidad para leer, el tiempo parecía detenerse. Cuando se marchaba a su casa, los días se me hacían eternos hasta volver a verla.

En cuanto observé que empezaba a encontrarse mejor decidí acercarme a ella y conocerla. Al principio, simplemente para entablar conversación, pero pronto se formó un vínculo entre nosotras imposible de ignorar. Allí, en su lugar favorito junto al arroyo en el bosque, pasamos unas tardes maravillosas hasta que poco a poco, las barreras que había levantado alrededor de mi corazón empezaron a resquebrajarse. Sentimientos que creía olvidados brotaron a borbotones y no había nada que yo pudiese hacer para retenerlos.

Kerstin entró en mi vida como un soplo de aire fresco en una tarde de verano, como el perfecto día de primavera, y me quedé tan enganchada que ya no había vuelta atrás. Mierda, cuanto más pienso en ella, más me doy cuenta de que tengo que volver a verla. Sé los riesgos que corremos ambas, pero estoy dispuesta a enfrentarme a los ancianos si hace falta.

Debo al menos verla una vez más, no puedo alejarme de ella sin confesarle mis sentimientos o sin estar segura de los suyos. Si ella siente lo mismo por mí, ninguna fuerza en la tierra será lo suficientemente fuerte como para alejarme de Kerstin. Lucharé contra cualquiera que se interponga entre nosotras, pero debo al menos verla una vez más y despedirme.

***

Abandonando la casa familiar, camino con sigilo por el bosque, escuchando cada sonido, por pequeño que sea, por si mis hermanos me hubiesen seguido. La veo sentada en una roca, en su lugar favorito, nada más girar a la derecha al llegar al claro que hace el camino junto al arroyo.

Sus ojos están fijos en uno de esos libros de romance paranormal que tanto le gustan y me resulta paradójico que le vaya a gustar justamente ese género. Levanta los ojos en cuanto me acerco, aunque habría podido perfectamente llegar hasta ella sin hacer ningún ruido si hubiese querido. Ha pasado una semana desde el incidente con mis hermanos y me sorprende que se atreva a seguir viniendo sola al bosque.

En su rostro se adivina una ligera expresión entre rabia, sorpresa y alegría. Es lógico que esté enfadada conmigo por desaparecer de su vida sin previo aviso. Sin ni siquiera un mensaje de WhatsApp, ni una llamada. Nada. Era necesario, pero ella no lo sabe. Aunque llevo tres años observándola, nunca la había visto realmente enfadada, así que tampoco sé muy bien con qué puedo encontrarme.

Por el contrario y para mi sorpresa, en cuanto me acerco más a ella borra la distancia que nos separa con grandes pasos y me abraza con fuerza, su mejilla pegada a la mía, consiguiendo que mis rodillas tiemblen. El olor de su pelo me hace enloquecer mientras el roce de sus pechos con los míos me devuelven emociones que creía olvidadas para siempre.

—¿Cómo has podido irte sin ni siquiera despedirte de mí? —susurra junto a mi oído, pequeñas lágrimas asomando en sus ojos como diminutos diamantes.

Tras apretarme contra su cuerpo se separa ligeramente para observarme. Puedo ver que se debate entre aferrarse a su rabia o recordar los momentos felices que hemos pasado juntas. El olor ligeramente salado de sus lágrimas satura mis sentidos y me obliga a hacer un esfuerzo para minimizarlos hasta unos niveles más parecidos a los de los humanos.

—Lo siento mucho, Kerstin, ha sido por tu propia seguridad —admito dejando escapar un largo suspiro—. No era seguro para ti.

Quiero abrazarla de nuevo, acariciar su espalda, besar sus labios y grabar para siempre en mi memoria ese momento.

—No te vas a quedar, ¿verdad? —pregunta bajando la mirada con tristeza.

Al finalizar la frase se abraza a sí misma y a mí se me parte el corazón. No merece sentirse triste, no después de todo lo que ha sufrido, no por mi culpa. Merece ser feliz y me gustaría ser la persona que le haga sentir esa felicidad, ahora y siempre. Echo de menos la forma en que su cara se iluminaba cuando nos veíamos, cómo mi estómago se revolvía repleto de mariposas al verla sonreír o su manera en que brillaban sus ojos cuando estaba contenta.

—Lo siento, pero estaré fuera de la ciudad durante un tiempo, aunque responderé a tus mensajes, incluso si puedo a tus llamadas, si es que quieres seguir hablando conmigo después de lo que te hice —puntualizo sintiendo una punzada de dolor en mi corazón.

—¿Me lo prometes? —pregunta alzando la mirada y sus ojos vuelven a brillar como lo hacían hace un mes.

—No volverás a estar sola. Siempre estaré a tu lado, incluso si es en la distancia. Siempre podrás contar conmigo —le aseguro encogiéndome de hombros y cogiendo su mano derecha entre las mías.

Sé que estoy estirando las reglas, no es algo que suela hacer, pero técnicamente no puedo estar con ella en persona. Supongo que esa estúpida norma, al igual que otras muchas que son tanto o más absurdas, nacieron en una época muy anterior a la tecnología actual. Nada se menciona en nuestros códigos sobre las llamadas telefónicas, sobre el WhatsApp o incluso las videollamadas por Skype. No es como me gustaría que fuese, pero al menos me permite ganar tiempo para pensar en algo y plantearlo en la próxima asamblea de ancianos.

—Si no estás muy ocupada hoy, me gustaría pasar el máximo de tiempo contigo —confieso mordiendo mi labio inferior y entornando los ojos.

Kerstin deja escapar un suspiro involuntario, seguido de una preciosa sonrisa al asegurarme que nada le haría más feliz. Ha vuelto

a ruborizarse y sé que soñaré con ella durante mucho tiempo.

Capítulo 10

Alison

Llevamos un par de horas sentadas junto al arroyo cuando mi teléfono móvil emite un pitido indicándome que es la hora de volver a casa. No tengo ninguna gana de ir, pero si no aparezco nadie estará a salvo. Inmediatamente toda mi familia empezaría a buscarme y eso crearía muchos problemas tanto para Kerstin como para mí.

—Debo irme —dejo escapar como un lamento que me rompe el alma.

—¿Puedo preguntar dónde estarás tanto tiempo? El curso todavía no ha terminado —inquiere Kerstin cogiendo mi mano y acariciándola con su dedo pulgar.

Su cara refleja tristeza, escucho su corazón latir con más fuerza, como si estuviese segura de que será la última vez que nos volveremos a ver.

—Debo ir a una reunión familiar. Es algo grande, mi familia hace ese tipo de cosas a veces. Es un rollo, pero obligatoria. Me educan en casa, así que no interfiere con el curso escolar —miento mientras sacudo mis pantalones con la palma de la mano para asegurarme de que no quedan hojas que puedan delatarme.

—Esa respuesta no es que me tranquilice mucho —admite Kerstin abrazando su propio cuerpo con los brazos en ese gesto tan característico que tiene cuando se siente vulnerable.

Al verla me dan ganas de ser yo quien abrace su cuerpo. Me gustaría poder contarle lo que ocurre, querría decirle la verdad. Sin embargo, sé que mientras mi familia siga con las arcaicas reglas que nos rigen no habrá posibilidad de estar junto a ella.

Se me inundan los ojos de lágrimas al observarla y en ese momento pienso que es bonito que todavía pueda llorar. Hacía quizá doscientos años que no lo hacía y me sorprende lo bien que sienta conectar con la humanidad que aún habita en mi interior. Kerstin tiene algo que saca lo mejor de mí, aspectos de mi ser que creía que estaban completamente enterrados.

He de reconocer que durante algún tiempo pensé en retenerla a mi lado convirtiéndola en alguien como yo, pero ya no sería Kerstin,

perdería justamente los valores que más admiro en ella. Tampoco creo que yo pudiese amar a otro ser de mi especie, ni que ella pudiese hacerlo después de convertirla. Me vería como a un monstruo.

De lo que sí estoy segura es de que Kerstin es la primera persona en cientos de años con la que me siento realmente a gusto. La primera que me ha regalado amor y atención incondicionales y eso me ha derretido. Quiero colmarla de besos, estar a su lado, protegerla, pasar junto a ella el resto de sus días hasta que emita el último suspiro.

Ese día sufriré, es lo malo de ser inmortal. He pasado por ello antes, hace ya demasiados años y la sensación de desesperación es devastadora. Algunos de mi especie se han vuelto locos al perder a su alma gemela, quizá por eso los ancianos desarrollaron esa estúpida regla de no juntarse con los humanos.

Tiemblo mientras observo a través de una cortina de lágrimas cómo Kerstin comienza también a llorar. Colocando las manos en su cintura, la atraigo hacia mí, percibiendo el calor de su cuerpo y su olor a los que me estoy haciendo adicta. Cierro los ojos para concentrarme en los latidos de su corazón, queriendo mantenerlos para siempre en mi memoria al tiempo que ella coloca su mejilla junto a la mía, nuestras lágrimas entremezclándose hasta llegar a mis labios.

Es un abrazo que las dos necesitamos. Hay tanta emoción en él que consigue que todo desaparezca alrededor. Por unos momentos ya no siento ira contra las estúpidas reglas de mi familia, solamente el calor de su cuerpo que sé que dejará un vacío en mi piel cuando nos separemos imposible de llenar.

Mi teléfono móvil vuelve a pitar mientras me aferro a su cuerpo. Un sonido maldito que me indica que debo despedirme de la chica a la que amo. Sé que es la última señal, quedan apenas diez minutos para las ocho y si uno de nosotros falta se organizará una partida de búsqueda. Eso solamente traería problemas para ambas y no quiero poner a Kerstin en peligro.

—Lo siento, te prometo que te enviaré mensajes de WhatsApp continuamente y te llamaré por teléfono —le aseguro desviando la mirada, incapaz de mantenerla en sus preciosos ojos, mientras me seco las lágrimas con la manga de la sudadera.

—Te juro que si esta vez no me respondes te buscaré y te daré una paliza —amenaza bromeando, tratando de sentirse más fuerte.

Se me escapa una sonrisa, esa fingida indignación es como un

pequeño rayo de luz que ilumina mi corazón.

—Puedes confiar en mí, Kerstin, estaremos en contacto y puedes escribirme o llamarme cada vez que te sientas sola o algo te preocupe —le aseguro volviendo a abrazar su cuerpo por última vez.

Ella me abraza con toda la fuerza de la que es capaz, aferrándose a mí como si su vida dependiese de ello y sé que en cuanto nos separemos moriré por dentro.

—Mi amenaza sigue en pie, no te olvides —susurra junto a mi oído antes de darme un tierno beso en la mejilla y separarse.

Sus suaves labios en mi mejilla consiguen que mi corazón se acelere y la primera sorprendida soy yo misma porque no es algo que ocurra en nuestra especie. Observo sus ojos fijos en mi boca, percibo sus ganas de despedirse con un beso y todas mis barreras saltan por los aires en un maravilloso instante de locura.

Con un pequeño paso hacia delante, borro la distancia que nos separa hasta que nuestros pechos se tocan, levanto su barbilla entre mis dedos y rozo sus labios con los míos en una caricia que es como una promesa de amor eterno. Es un beso tierno, como el aleteo de un pájaro, como la brisa de verano sobre las hojas de los árboles, pero para mí supone el beso más maravilloso que me han dado en los últimos cuatrocientos años.

Al separarme, puedo ver la decepción en los ojos de Kerstin, su mirada pide más, pero ese sencillo roce de la punta de mi lengua con el interior de sus labios ha sido suficiente para enviar una corriente eléctrica por todo mi cuerpo, algo que se grabará en mi mente para siempre.

—Ahora sí que tengo que volver a verte —susurra Kerstin con un suspiro.

Tan solo consigo esbozar una sonrisa mientras dejo escapar lentamente el aire de mis pulmones. La voy a echar demasiado de menos.

—Por favor, cuítate —es lo último que escucho como un susurro en el viento.

Capítulo 11

Kerstin

Mi primer beso fue todo lo que podía esperar y más. La ternura con la que Alison besó mis labios consiguió que mis rodillas temblasen y mi corazón latiese con tanta fuerza que creí morir de amor en esos momentos.

Ha pasado una semana y Alison está cumpliendo su promesa de llamarme cada día. Yo, por mi parte, vivo ahora pegada al teléfono móvil. Cada notificación consigue que mi corazón se salte varios latidos esperando uno de sus mensajes o una llamada.

Hace un par de días estuvimos hablando durante casi dos horas por videollamada y me enseñó su dormitorio. Puede parecer una tontería, pero ese pequeño detalle me hizo feliz y soñar con ella por la noche mucho más. A la mañana siguiente, una nueva rosa apareció en el alféizar de mi ventana.

***

Mi corazón late con fuerza esperando su llamada. Faltan diez minutos para las cinco y el tiempo parece haberse vuelto perezoso, las manillas del reloj se niegan a avanzar y cada segundo que pasa dura una eternidad.

Miro una y otra vez la pantalla del móvil, hasta que por fin se enciende y tiemblo de emoción al ver el nombre de Alison en la pantalla.

—Te echaba de menos —me apresuro a anunciar nada más descolgar la llamada.

—Hemos hablado ayer y te he enviado siete mensajes esta mañana —bromea Alison dejando escapar una ligera risa.

—¿Cuándo volverás? —pregunto aun sabiendo que la respuesta no me va a gustar.

—Sabes que todavía queda bastante, pero pienso en ti cada minuto —confiesa Alison en un susurro tan sensual que me hace estremecer.

Yo no sé qué tienen esos susurros que últimamente empiezo a

estar muy excitada cada vez que los escucho, deseando que Alison estuviese a mi lado para poder besarla o acariciar su cuerpo.

—¿Con quién coño estás hablando? —grita una voz de hombre al otro lado de la línea justo cuando le iba a decir cuánto la quería.

Escucho confusa cómo Alison discute con ese hombre que ha interrumpido la llamada, hablan algo sobre una antigua regla que no acierto a comprender. Alison protesta, alzan las voces en un extraño idioma que no entiendo, la escucho chillar, el teléfono móvil hace unos sonidos extraños como si hubiese caído al suelo y ya no se oye nada más.

Espero temblando, lágrimas brotando de mis ojos, a que Alison vuelva a llamar. Me muero por saber lo que ha ocurrido. Quiero que me cuente quién es ese hombre, por qué hablaban en un extraño idioma o qué quería decir con eso de que incumplía una antigua regla. Espero y espero, todo en vano porque esa llamada nunca llega.

Ni siquiera bajo a cenar con Cathy y su madre, simplemente me encierro en mi dormitorio y lloro. Lloro toda la noche hasta que la luz del sol se cuela por la ventana indicándome que debo ir al instituto. Mi cuerpo se niega a salir de la cama hasta que la madre de Cathy aporrea la puerta de mi habitación. Instintivamente, miro hacia la ventana esperando encontrarme una rosa. Por algún motivo esas rosas siempre aparecen cuando más las necesito, pero hoy no hay ninguna.

***

El problema es que espero por su llamada no solo esa noche, sino durante toda la semana y no llega. Ni su llamada ni un mísero mensaje de texto. Nada.

Si la otra vez que dejó de comunicarse conmigo estaba enfadada y decepcionada a partes iguales, ahora estoy muy preocupada. Ahora sé que ha dejado de llamarme o escribirme porque no puede, pero desconozco si está bien y eso me está matando por dentro. Apenas duermo por las noches, no pruebo bocado, no hablo con nadie. Tan solo lloro. Lloro y pienso en Alison y en lo que le ha podido ocurrir.

No puedo perderla. No soy muy religiosa, pero rezo cada noche por si algún ser superior pudiese protegerla. Temo volverme loca, cada día es un suplicio, un auténtico calvario. Si tras perder a mis padres a manos de un animal salvaje ahora pierdo también a Alison, creo que prefiero no seguir viviendo.

Tengo la impresión de que varios de los alumnos me miran de forma diferente, pero no me extraña porque las manchas negras bajo mis ojos por la falta de sueño me hacen parecer un muerto viviente.

Deambulo sin rumbo por los pasillos con el único objetivo de no chocarme con nadie hasta que llego a mi taquilla para guardar los libros cuando siento una mano empujándome con fuerza, tratando de meter mi cabeza dentro. Asustada, dejo escapar un grito y me giro con el corazón agitado.

Mi pecho se hincha con fuerza en cada respiración, sorprendida y aterrada por lo que acaba de ocurrir. En los últimos tres años desde la muerte de mis padres mucha gente ha dejado de hablarme, me hacen el vacío, me ignoran o insultan, pero nunca había sufrido acoso físico hasta ahora. Tiemblo sin comprender lo que ocurre, mi mente convertida en un avispero de ideas que buscan una explicación sin encontrarla.

Observo aterrorizada cómo un grupo de cinco de mis compañeros forman un círculo a mi alrededor sin dejarme salir de él. Sus miradas amenazantes, los puños cerrados como si estuviesen dispuestos a darme puñetazos en cualquier momento. Miro sus ojos y veo la determinación en su mirada. A algunos les conozco desde qué teníamos tres años.

Confusa, veo cómo Cathy empuja a uno de ellos y me agarra por el brazo llevándome fuera de su alcance y encerrándose conmigo en una de las aulas que se encuentran vacías. Fijo mi mirada en los ojos de Cathy esperando poder despertarme en cualquier momento. Es imposible que todo esto no sea una pesadilla. Sin duda estoy muy cansada y en cualquier instante me despertaré en mi cama envuelta en sudor frío, pero aliviada.

—¿Qué coño has hecho para enfadarles tanto? —grita mi amiga Cathy mirando por la pequeña ventana de la puerta.

Ni siquiera contesto, tan solo espero despertarme, acabar con este estúpido sueño que parece demasiado real. Eso, o empiezo a volverme loca.

Justo cuando Cathy está a punto de volver a preguntarme, Carrie, una de sus mejores amigas llama con los nudillos a la puerta, asomando la cabeza por la pequeña ventana para que la dejemos pasar.

Sin embargo, en cuanto le permitimos la entrada, la expresión de

su rostro cambia por completo y la mirada afable se torna en odio.

—¡Eres una puta zorra, Kerstin! —grita a todo pulmón mientras me da un fuerte empujón que me lanza contra una de las paredes.

Cathy se coloca en medio deteniéndola antes de que se acerque a mí de nuevo, pero ahora estoy ya segura de que no es un sueño. Sigue siendo una pesadilla, pero es real.

—Carrie, si esto es una especie de broma no tiene ninguna gracia, de verdad. ¡Me estáis asustando! —balbuceo acurrucada en una esquina entre dos de las paredes de la clase.

—¡No te atrevas ni a hablarme, guarra! —grita Carrie tratando de zafarse de Cathy que la sujeta por los brazos.

Es imposible que hable en serio. Yo nunca le he hecho nada a nadie y siempre me he llevado bien con ella. Se ha quedado en un montón de ocasiones a dormir en casa de Cathy y nunca habíamos tenido el más mínimo problema.

—Por favor, ¿qué está pasando? —grito con desesperación observando cómo las primeras lágrimas brotan de mis ojos.

—¡He dicho que no hables, zorra! —vuelve a gritar Carrie hecha una fiera zafándose del agarre de Cathy y golpeándome en la cara.

Me voy dejando caer, con mi espalda resbalando por la fría pared, hasta quedar acurrucada en el suelo, tapando la cara con las manos para protegerla de las patadas que recibo de Carrie. Cathy intenta separarla, dándome algo de tiempo para protegerme, pero pronto las patadas y los insultos regresan. Fuera escucho los gritos de algunos alumnos aporreando la puerta, los mismos que me acorralaron frente a mi taquilla y tan solo espero que la cerradura aguante.

Por fortuna, uno de los profesores, alertado por el estruendo, llega hasta el aula indicando a los alumnos que se dispersen y Carrie se queda parada, turnando su mirada entre mis ojos y los de Cathy. Está confusa, diría que ni siquiera entiende lo que ocurre, hasta que se dirige fuera de la clase.

El profesor nos pregunta qué ha ocurrido, pero ninguna de las dos somos capaces de contestarle y Carrie ha abandonado el edificio haciendo caso omiso a sus palabras. Nos asegura que tomará medidas y que Carrie recibirá su castigo, promete que en este instituto no se tolera el acoso, pero yo ni siquiera escucho sus explicaciones. Lo único


que quiero es salir de aquí cuanto antes e irme a mi casa.

Capítulo 12

Kerstin

Cathy coge mi mano y tira de mí para salir cuanto antes del instituto mientras el resto de los alumnos hacen corros comentando lo que ha ocurrido.

—En serio, ¿qué has hecho para cabrear a esa gente? —insiste mi amiga en cuanto nos alejamos del edificio —nunca había visto a Carrie tan enfadada con nadie, ni siquiera cuando su novio le puso los cuernos. Espera, no te has liado con el novio de nadie, ¿no? O con la novia.

—No, joder, te juro que yo no he hecho nada de nada. No tengo ni idea de lo que ocurre —le aseguro negando con la cabeza.

—Pues parece que esto aún no se ha acabado.

Tras decir esas palabras, señala con la barbilla en dirección a la calle que lleva a nuestro instituto. Por ella bajan con paso rápido los cinco chicos que me rodearon junto a mi taquilla, y desde luego no parece que vengan a pedirme perdón.

Tan solo puedo encogerme de hombros haciéndole un gesto a mi amiga de que no entiendo nada pero que mejor nos largamos de aquí antes de que las cosas empiecen a ponerse feas.

Aceleramos el paso con la esperanza de que sea simplemente una coincidencia, pero ellos también lo aceleran y siguen ganando terreno. Pronto, empezamos a correr ligeramente y se me cae el alma a los pies al observar que ellos también lo hacen.

Nuestro trote ligero se convierte en una carrera calle abajo a toda la velocidad que pueden dar nuestras piernas, nuestros jadeos y suspiros intentando meter aire en los pulmones se mezclan con los gritos y las pisadas de nuestros perseguidores hasta que siento un empujón en mi espalda que me hace perder el equilibrio y acabo rodando por el suelo.

Uno de los chicos del grupo agarra a Cathy impidiendo que pueda defenderme, mientras que los demás aprovechan que estoy en el suelo para pegarme patadas por todo el cuerpo. Me acurruco instintivamente haciendo un ovillo y cubriendo mi cabeza con las manos, sintiendo los fuertes golpes en las piernas o en mis costados.

Una de las patadas me deja sin respiración durante unos instantes y siento un dolor punzante. Trato de gritar, pero la voz no sale de mi garganta, tan solo siento miedo, dolor, rabia, frustración. No comprendo lo que ocurre, aunque por momentos, empiezo a temer por mi vida.

Escucho a mi amiga Cathy suplicando que se detengan, pidiendo ayuda, llamando a la policía, pero nadie viene en mi socorro. Los golpes se detienen un instante y temerosa abro los ojos para observar lo que ocurre justo cuando recibo una fuerte patada en la cara que me deja atontada.

Intento cubrirme de nuevo, el suelo empieza a llenarse de sangre que brota de mi nariz, pero ya apenas siento dolor. Percibo las patadas sobre mi cuerpo, soy consciente de cada una de ellas, si bien ahora son como empujones. Ahora estoy segura de que me golpearán hasta morir.

Escucho los gritos de dos de los chicos diciendo que Cathy se ha soltado, sus chillidos asegurándome que buscará ayuda, pero no sé si llegarán a tiempo, tan solo un milagro puede salvarme.

El tiempo parece detenerse, todo transcurre a cámara lenta. El miedo da paso a la reflexión. Es extraño cómo funciona la mente humana pero de pronto me siento en paz. Tan solo pienso en lo estúpida que ha sido la muerte de mis padres hace tres años en los Apalaches y lo estúpida que será la mía a manos de unos compañeros a los que conozco desde los tres años. Y todo sin ni siquiera comprender el motivo por el que lo hacen.

Mi mente vuela a Alison, a los dos gemelos que me amenazaron en el bosque. Otra vez a Alison y a nuestro primer y único beso. No volveré a verla y pienso en lo injusta que es la vida. ¿Existe una razón para que la mía se acabe con una paliza a los dieciocho años? ¿Existe un motivo para haber perdido a mis padres a los quince? Supongo que nunca lo sabré. Ahora ya es demasiado tarde, ya no siento dolor. De pronto, no siento nada.

—Tranquila, yo cuidaré de ti —escucho como un susurro en el viento.

Otra vez esa suave voz que había escuchado hace tres años en los Apalaches cuando mis padres murieron. De nuevo ese olor a flores y a pinos y ahora sé que todo se ha acabado para mí. Sin duda mi vida se escapa.

—Kerstin, ¿puedes abrir los ojos?

Suaves caricias en mis mejillas, como si fuesen hechas por una pluma, una mano fría peinando mi cabello entre sus dedos, un cuerpo de cuclillas junto a mí. Ya no sé si sigo viva o no. Quizá después de todo mi madre tenía razón y tras esta vida hay un cielo.

—Kerstin, cariño, ¿puedes oírme?

Abro los ojos con torpeza, comienzo a sentir el dolor en mi cuerpo, los músculos entumecidos por los golpes, mi cara llena de sangre y la visión de Alison a mi lado me parece una alucinación.

—¿Estás aquí de verdad? —pregunto temerosa.

—Claro que estoy aquí —me asegura Alison y en esos momentos su sonrisa me parece la más hermosa que haya visto jamás.

De pronto, se me hiela la sangre al acordarme de los cinco compañeros que me estaban golpeando, temo que puedan hacer lo mismo con Alison, pero están ahí parados, de pie, casi petrificados. Como si estuviesen esperando alguna orden.

—¿Puedes caminar? —inquiere Alison acariciando la sangre que brota de mi labio.

Si sus ojos son normalmente muy negros, ahora se han convertido en una inmensa oscuridad. Sus pupilas se han dilatado hasta cubrirlos por completo, supongo que por el subidón de adrenalina, y ya casi no parece la misma persona. Respira de manera profunda al limpiar la sangre de mi cara, agitada, imagino que es porque ha venido corriendo, pero su mirada es muy extraña.

Me zumban los oídos y tengo la vista borrosa, pero con su ayuda consigo levantarme. Mis acosadores siguen parados, no se han movido ni un ápice. Nos miran fijamente con la mente vacía, como si estuviesen hipnotizados. Me duele la mandíbula, las rodillas, los brazos.

—Te pondrás bien —me asegura con un tierno beso, pasando la punta de su lengua por mis labios ensangrentados y juraría que ha temblado ligeramente.

—¿Puedes acompañarme a casa? —solicito sollozando y cogiendo su mano entre las mías.

—Estaré contigo en un minuto, ponte en camino, no quiero que veas esto —susurra acariciando con su dedo pulgar el reverso de mi mano.

Mi mente trata de rebelarse, quiere pedirle que no se quede ahí, decirle que su vida corre peligro, pero una extraña fuerza impulsa a mi cuerpo calle abajo dejándola sola con mis cinco atacantes.

Capítulo 13

Alison

Jamás debí probar su sangre. Nunca debí hacerlo. Respiro con fuerza, me estremezco emitiendo un sonido que retumba en mi pecho. He tenido que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para entrar en su mente y ordenar a Kerstin que se alejase de aquí.

Su sangre es dulce como la miel, un néctar de bondad y esperanza. Deliciosa, pura. Cada centímetro de su cuello un lienzo perfecto para la tinta de la muerte. Puedo sentir el aliento en mi boca incubando las toxinas mortales de mi especie. Hacía demasiado tiempo que no probaba sangre humana. No debí hacerlo, no quiero convertirme en un monstruo como mis hermanos.

Todos mis sentidos se saturan, mis pupilas se han dilatado cubiertas por el negro, mi respiración como el viento del desierto, con sabor a muerte.

Observo a los cinco chicos que golpeaban a Kerstin y la rabia crece en mi interior. La bestia que llevo dentro lucha por salir a la superficie y me cuesta retenerla. Sé que no ha sido culpa suya, soy consciente de que han sido mis hermanos los que han controlado sus mentes para atacar a Kerstin. Pero si no llego a tiempo la habrían matado y la ira me desborda.

Siento cada latido de su corazón. Aunque no puedan moverse el miedo corre por sus venas, deliciosa sangre humana. Escucho la respiración de la bestia cada vez que expulso el aire; el sonido quebrado, como un quejido, como una promesa de destrucción. La sed de sangre de la bestia es a la vez grandiosa y terrible. Recuerda al llanto y a la devastación. A la muerte.

En su mirada puedo ver el pánico, tiemblan cuando me acerco a ellos. Huelo su miedo y eso es aún peor. No hay nada que atraiga a la bestia más que el olor del miedo, solamente el olor de la sangre fluyendo de un cuerpo humano.

Respiro hondo y trato de contenerme. No quiero castigarles por algo sobre lo que no tenían control alguno. Juro que mis hermanos pagarán por ello, pero si acabo con la vida de estos chicos seré tan desalmada como ellos. Suerte que el sol brilla en el cielo y retiene la poca humanidad que aún queda en mí, de haber ocurrido de noche no habría podido controlarme.

No quiero permanecer aquí por más tiempo, sé que Kerstin necesita mi apoyo en estos momentos, por esta vez se han salvado. Otra cosa muy distinta será los gemelos. Es típico de ellos, había puesto una protección sobre Kerstin, no podían hacerle daño y yo no me acercaría a ella. Ese era el pacto. Esas eran las reglas.

Pero mis hermanos viven para bordear las normas, para doblarlas en su favor a veces tan solo por diversión. Obtener el control de las mentes de esos pobres chicos ha sido un golpe bajo. Cargarían con toda la culpa por acabar con la vida de Kerstin y ellos habrían cumplido técnicamente nuestro pacto.

Cerrando los ojos, dejo escapar un largo suspiro y desaparezco de su vista, a los treinta segundos encuentro a Kerstin sentada en un banco de camino a su casa, aproximadamente a poco más de un kilómetro de distancia.

Me siento a su lado y hace una mueca de dolor al girar la cabeza. Lucho para acallar mis sentidos, pero el olor de la sangre, su sonido circulando por las venas y formando los hematomas en su piel es demasiado para mí. Su labio se ha hinchado y su boca está rodeada de restos de ese preciado líquido.

Instintivamente trata de ponerse de pie para abrazarme, pero el dolor se lo impide, así que me siento a su lado y rodeo su cuerpo con mis brazos.

—¿Qué tal estás? —susurro acariciando su mejilla.

Ella cierra los ojos y sonríe, se inclina para besarme y de nuevo degusto la deliciosa sangre en sus labios. Mierda, joder.

—Estaba preocupada por ti —reconoce separándose y rompiendo nuestro beso, consiguiendo que mis instintos se acallen por un brevísimo instante.

—Imagino que tienes muchas preguntas, pero me gustaría llevarte antes a tu casa o a un hospital en caso de que lo necesites —le aseguro colocando un mechón de pelo por detrás de su oreja.

Capítulo 14

Kerstin

Es posible que sea el cansancio, quizá sea el dolor o la confusión por los golpes, pero hay demasiadas preguntas que me gustaría hacerle a Alison. Demasiadas cosas que no encajan. ¿Por qué aquellos chicos no la atacaron? ¿Cómo pudo detenerles sin violencia? ¿Cómo me encontró tan rápido? Necesito saber, preciso respuestas.

Los golpes recibidos me han dejado un dolor en el cuerpo como si me hubiese atropellado un camión, pero no pienso irme a mi casa o a que me vea un médico sin aclarar algunas cosas.

—Sé que tienes muchas preguntas y es justo que te las responda —expone Alison rompiendo nuestro abrazo—. Pero antes necesito saber que puedo confiar en ti.

—Nunca haría nada que pudiese perjudicarte o ponerte en peligro —le aseguro asintiendo con la cabeza—. De todos modos, después de que esos chicos me atacasen sin razón alguna y de las amenazas de aquellos gemelos en el bosque no sé si algo puede sorprenderme, aunque necesito respuestas.

—Vale, no sé cómo empezar a contarte esto porque sé por experiencia que no suele acabar bien —se lamenta Alison haciendo una pausa para dejar escapar un largo soplido.

—Empieza por el principio —susurro.

—Muy bien —expone Alison acariciando mi mejilla mientras coloca un mechón de pelo por detrás de mi oreja—. Lo primero que quiero que sepas es que jamás te haría daño, de eso puedes estar totalmente segura, ni dejaré que te lo hagan.

—Eso lo tengo muy claro —interrumpo con una sonrisa.

—Soy un vampiro de cuatrocientos años. Cuatrocientos treinta y dos para ser exactos —suelta de pronto muy seria.

—Yo me transformo en dragón, pero no quería decírtelo todavía —bromeo poniendo los ojos en blanco.

—Kerstin, estoy hablando totalmente en serio. He podido frenar a esos chicos sin violencia porque puedo controlar las mentes y el

motivo por el que te han atacado es porque mis hermanos también pueden hacerlo. Es una de las características de nuestro linaje —aclara Alison arqueando ligeramente las cejas.

Me quedo mirando fijamente sus ojos negros, esperando que en cualquier momento me diga que tan solo es una broma, una bobada que ha dicho para que me sienta mejor, pero su rostro sigue imperturbable.

—¿Tus hermanos?

—Los gemelos que te amenazaron en el bosque son mis hermanos pequeños. Bueno, no es lo que un humano consideraría hermano, forman parte de mi linaje, aunque tienen casi ciento cincuenta años menos que yo y la mentalidad de un niño caprichoso de cinco años —indica cogiendo mi mano derecha entre las suyas.

Mi mente se convierte en un avispero de ideas que se afanan por encontrar una explicación lógica a lo que Alison acaba de decir. Casi me extraña mucho más lo de sus hermanos y por qué la han tomado conmigo que el hecho de que los vampiros existan, aunque ya de por sí sea algo bastante difícil de aceptar.

Mis pensamientos se disparan tratando de recordar todo lo que sé o creo saber sobre los vampiros, aunque parece que no encaja casi nada. Pienso en que no pueden salir durante el día, en que duermen en un ataúd, en que los tienes que matar con una estaca en el corazón…Demasiados datos causando confusión.

—Sí, tenemos la piel pálida y el pelo oscuro, por lo general, aunque depende del linaje. No dormimos en ataúdes sino en camas como la tuya y podemos salir de día. El sol no nos gusta, pero no nos mata. Tampoco nos mata una estaca en el corazón, eso es cosa de las películas, lo único que conseguirías con eso es enfadarnos mucho más —expone con tranquilidad, como si hubiese escuchado todos y cada uno de mis pensamientos.

—Me lo estás diciendo totalmente en serio, ¿verdad? —pregunto asombrada.

—Sí. Normalmente, las pocas veces que lo he reconocido antes me han pedido una prueba —admite encogiéndose de hombros.

—No…no es necesario —me apresuro a contestar—. Menos mal que no me preocupa mucho la diferencia de edad en las relaciones.

Alison cierra los ojos y sonríe, una sonrisa preciosa que hace que por primera vez en el día de hoy me siente bien.

—Mi cuerpo se ha quedado anclado en los diecinueve años que es cuando me transformé, así que físicamente tan solo te saco un año. Eso sí, mi mente acumula las experiencias de todos los años que he vivido —confiesa Alison apoyando su frente sobre la mía.

—Tiene que ser una putada tener la regla durante más de cuatrocientos años —susurro antes de besar sus labios.

—Una de las cosas buenas de ser un vampiro es que no tenemos la regla y, por favor, es mejor que no me beses antes de que la herida de tu labio se haya curado por completo. Tu sangre es demasiado adictiva —admite con un suspiro.

Decido ignorar esa última frase. Sé que antes, cuando me ayudó a levantarme probó mi sangre, pero prefiero no pensar en ello. Se hace raro salir con una chica que puede comerte de manera literal.

—¿Puedes controlar la mente y también leer los pensamientos? —inquiero aunque puede que sea mejor no saber la respuesta.

—Si lo que te preocupa es que haya manipulado tu mente en algún modo puedes estar tranquila. Nunca lo he hecho y nunca lo haría. Lo que sientes por mí sale de tu corazón, yo no lo he puesto en tu cabeza. Estoy completamente en contra del control mental y tan solo lo uso en casos de emergencia para evitar males mayores, como ha ocurrido con aquellos chicos.

—¿Les…les has hecho daño? —pregunto con miedo.

—No, no les he hecho nada. Reconozco que me costó mucho contenerme. Cuando te vi tirada en el suelo, sangrando, y sobre todo cuando probé levemente tu sangre, se pasó por mi cabeza dañarles, pero ellos no han tenido la culpa de nada. Ahora son conscientes de lo que han hecho y deben de estar tan confusos como tú —explica Alison dejándome mucho más tranquila.

—¿Puedes leer mis pensamientos? No has respondido a esa pregunta —insisto preocupada.

Espero que la respuesta sea no, porque con las cosas que he pensado estando con ella o la de veces que he imaginado su cuerpo desnudo, me puedo morir de vergüenza.

—Piensa en una palabra —dice de pronto.

—Ya está.

—¿Por qué has pensado en la palabra “queso”?

—Joder, no me lo puedo creer —exclamo al reconocer que ha acertado la palabra que había pensado.

—No te preocupes, tonta. Son muchos años de experiencia y sé que por algún motivo, la mayor parte de los humanos pensáis en la palabra “queso”. No sé, es una tontería. No puedo leer la mente, pero al menos te he distraído durante unos minutos de tus preocupaciones.

—La verdad es que sí —reconozco dejando escapar una risita nerviosa.

—Nuestro linaje muestra algunos rasgos únicos y eso es así con los distintos linajes de vampiros. Por ejemplo, nosotros nos podemos comunicar telepáticamente, sin palabras, pero solamente en distancias cortas. No podría hablar con mis hermanos desde aquí para decirles que pienso matarlos por lo que han hecho.

Lo dice con el rostro severo, impasible, y no sé si habla en serio o vuelve a bromear. Lo que más me sorprende es que no me importaría que lo hiciese y eso me asusta porque yo siempre he sido una persona que huye de la violencia.

—Creo que lo mejor es llevarte a tu casa cuanto antes para que puedas descansar —admite Alison con un guiño de ojo—. Allí te puedo seguir contando alguna cosa más, si eso es lo que deseas.

Asiento lentamente con la cabeza, porque por muchas ganas que tenga de seguir escuchándola y obtener respuestas, me duelen partes de mi cuerpo que no sabía ni siquiera que existían. Tengo la boca seca y el cuello rígido y debo apoyarme en Alison simplemente para levantarme del banco.

Por fortuna, parece que comparte la fuerza de sus hermanos, porque me levanta como si fuese una pluma y me lleva en cuello hasta mi casa sin esfuerzo aparente. Menos mal que no hay gente por la calle porque no sé qué podrían pensar al vernos de esa manera.

Capítulo 15

Kerstin

A pesar de lo dolorida que estoy llegamos a mi casa mucho antes de lo que esperaba y Alison ni siquiera parece cansada.

—¿Tengo que invitarte a entrar o no podrás cruzar la puerta? ¿o cómo funciona? —bromeo al llegar a la entrada.

Alison pone los ojos en blanco y menea la cabeza llevándose una mano a la frente. Creo que no le ha hecho demasiada gracia la tontería que acabo de decir, aunque me explica con paciencia que eso son también cosas de las películas y que los vampiros pueden entrar en cualquier casa sin invitación si lo desean. Por fortuna, ni Cathy ni su madre están en casa, Alison le envió un mensaje diciendo que me encontraba bien y que estaba conmigo.

—Es mejor que te sientes para escuchar lo que te debo contar —explica bajando la mirada una vez que entramos en mi dormitorio.

Su rostro acaba de tornarse muy serio y eso me asusta un poco. Sin embargo, en cuanto empieza a hablar, ya ni siquiera sé qué pensar. Un centenar de sentimientos encontrados se agolpan en mi mente: ira, odio, decepción, miedo…venganza.

Apretando mi mano entre las suyas, Alison me confiesa que mis padres no murieron al encontrarse casualmente con un animal salvaje, sino que fueron asesinados por sus hermanos. Fue ella quien me llevó al hospital aquella horrible noche. Esa voz suave de mujer que me calmaba era ella, el olor a flores y a pinos era el de Alison.

Me sentí traicionada por no haberlo sabido antes, se suponía que era mi novia y me lo ha estado ocultando durante meses. Suelto su mano enfadada, enfrentándome a ella por no haber hecho nada por salvar a mis padres. Aun así, Alison no pierde la calma. Me explica que cuando llegó al campamento mis padres ya estaban heridos de muerte y la siguiente sería yo, así que corrió ladera abajo hasta encontrarme y me llevó al hospital para protegerme de sus hermanos. Si no me había dicho nada hasta ahora era de nuevo para que estuviese más segura, cuanto menos supiese, menos peligro corría.

Me abrazo a ella y lloro sobre su hombro durante lo que me parece una eternidad. No sé cómo reaccionar ante lo que acabo de escuchar; simplemente aprieto su cuerpo entre mis brazos y dejo

escapar las lágrimas al tiempo que ella peina mi cabello entre sus dedos o besa tiernamente mi mejilla.

A continuación, me desvela el simbolismo de las rosas en mi ventana y cómo habían llegado hasta allí como por arte de magia. Ahora que sé que es una vampira supongo que habría podido saltar hasta el segundo piso y dejar una rosa en el alféizar.

—Te he dejado una rosa en la ventana cada día que era de algún modo especial para ti, como el aniversario de la muerte de tus padres —explica antes de que pudiese preguntarle—. Sé que eres muy curiosa y pasarías una parte del día intentando averiguar cómo había llegado hasta ahí esa rosa. Eso evitaría, al menos durante un tiempo, que tuvieses pensamientos tristes.

Esbozo una tímida sonrisa dándome cuenta de que seguramente tenga razón. Durante todas las horas que pasé dándole vueltas al misterio de las rosas no pensaba en otros problemas.

Poco a poco, voy atando cabos y empiezo a darme cuenta de que ha sido mi ángel de la guarda durante este tiempo; siempre protegiéndome y asegurándose de que estaba a salvo aunque yo no supiese lo que estaba ocurriendo.

Hay tantas emociones que se arremolinan en mi cabeza mientras hablamos, tantas piezas que empiezan a tener sentido en mi vida. Alison sabe cosas de mí que nadie más conoce y eso me da un poco de miedo. Me doy cuenta de que lleva tres años observando cada uno de mis movimientos y conoce aspectos de mi vida que no he compartido con nadie, ni siquiera con Cathy.

Sabe que cada noche, antes de acostarme, me arrodillo junto a la cama para hablar con mis padres aunque no obtenga respuestas. Prefiero no pensar en que quizá ha observado también lo que hago cuando me quedo a solas y pienso en ella.

Al principio, la idea de que me haya estado observando durante tres años me parece espeluznante, yo tan solo tenía quince cuando empezó a hacerlo. Sin embargo, Alison me asegura que simplemente lo hacía por mi seguridad, me seguía de lejos para que no me ocurriese nada malo. Es agradable saber que siempre estuvo ahí para mí, protegiéndome sin que yo me percatase de ello.

En cuanto termina de hablar, le doy el mayor de los abrazos, la estrujo entre mis brazos con fuerza, sin poder retener las lágrimas, nuestras mejillas pegadas mientras acaricio su espalda.

—Ni siquiera sé qué decirte— admito entre sollozos—no tenías que haber hecho todo eso por mí.

—Después de lo que mis hermanos te habían hecho me sentí obligada. Luego, estos últimos meses empecé a sentir algo por ti y fue cuando decidí conocerte mejor. No me arrepiento lo más mínimo a pesar de los problemas que ya he causado con ello y los que pueden venir —confiesa Alison apoyando su frente sobre la mía.

Permanecemos en silencio durante unos instantes, cada una apoyando las palmas de sus manos en las mejillas de la otra. Cuando la punta de su nariz roza la mía, no puedo evitar rodear su cuello y atraerla hacia mí para besar sus labios.

—Es mejor que te des una ducha y duermas un poco. Tu cuerpo necesita descansar para empezar a recuperarse de todos esos golpes —sugiere Alison con una preciosa sonrisa.

—Prométeme que te quedarás conmigo, por favor, no quiero quedarme sola —suplico asustada, cogiendo sus manos entre las mías.

—No pienso separarme de ti —me asegura ella acariciando mi mejilla con su dedo pulgar.

Con un nuevo beso, me dirijo hacia el baño para ducharme, cerrando la puerta para tener más intimidad cuando, de pronto, me asalta un pensamiento.

—Ya me has visto desnuda, ¿no? —pregunto con curiosidad, aunque no sé si quiero saber la respuesta.

Alison duda por unos brevísimos instantes.

—Sí, lo siento. No pretendía hacerlo, pero te he observado durante cientos de horas —se disculpa.

En ese momento se apodera de la parte baja de mi vientre un ejército de mariposas y no sé lo que estoy sintiendo. Por un lado me da vergüenza que lo haya hecho, estoy enfadada por ello. Por otro, entiendo sus motivos y mi cuerpo me envía continuos mensajes de que puede verme desnuda cuando ella quiera.

Ya en la ducha, abro el grifo al máximo dejando que las gotas de agua que caen a presión sobre mi espalda me relajen. En el suelo puedo observar los restos de sangre mezclándose con el agua y mis músculos están tan doloridos que debo apoyarme en la pared para no

perder el equilibrio. Durante unos instantes, dudo si llamar a Alison para que me ayude, pero la vergüenza me impide hacerlo.

Mientras seco mi piel, reflexiono sobre todo lo que ha cambiado mi vida de un solo plumazo. Pondero una posible solución sabiendo que seguramente esto solo acaba de empezar. Por lo que he podido deducir de nuestra conversación, va a causar un conflicto entre Alison y su familia. Seguramente se ha puesto en peligro para protegerme, es posible que yo misma también lo esté.

Mi cabeza está a punto de estallar. Existen los vampiros, mi propia novia es uno de ellos y ni siquiera sé lo que ocurrirá a partir de ahora. Sé que Alison quiere enfrentarse a sus hermanos y no deseo que ponga en peligro su vida, pero desconozco esas antiguas reglas de las que habla.

—¡Tengo un plan! —afirma Alison en cuanto salgo de la ducha mirándome de arriba abajo como si quisiese quitarme la toalla con la mirada.

Capítulo 16

Kerstin

Lo último que recuerdo antes de montarme con Alison en su coche es decirle que estaba lista para irme con ella donde quisiese. Agradezco mucho que Cathy y su madre se hiciesen cargo de mí durante estos tres años, pero en realidad mi vida no tiene sentido a su lado. Tampoco siento que pertenezca a esta ciudad ni al instituto al que acudo cada mañana. Ahora que sé que tanto mi vida como la de Alison corren peligro, tan solo me resta escapar junto a ella.

Echaré de menos a Cathy y sé que ella a mí también. Quizá algún día pueda volver a verla, o eso espero al menos. Alison me ha dicho que en la próxima reunión de su familia uno de los temas a tratar será la actitud de los gemelos. Es posible que eso solucione nuestros problemas, mientras tanto, no nos queda más remedio que huir o enfrentarnos abiertamente a ellos.

Al tiempo que conduce, Alison me habla de una cabaña en Canadá, en una zona muy aislada. Me asegura que sus alrededores son muy bonitos y que podremos bañarnos juntas en un lago. Allí estaremos a salvo. Me indica que el viaje será largo, aunque no tengo ni idea de cuánto. Suerte que no se cansa y es capaz de ver por la noche mejor que durante el día, porque ya he perdido la cuenta de las horas que lleva conduciendo y tan solo paramos para echar gasolina o para que yo pueda ir al baño.

—¿Estás despierta? Ya casi hemos llegado —indica Alison colocando su mano derecha sobre mi muslo y sacudiéndolo ligeramente.

Abro los ojos con pereza, estirando los brazos con un bostezo y sonriendo. Alison conduce por un camino de tierra, grandes árboles nos rodean por todos los lados y da la impresión de que por aquí no ha pasado nadie en años.

—Supongo que hablabas en serio cuando decías que nadie nos encontraría en este lugar —admito mirando a ambos lados de la pista de tierra.

—Así es —me asegura Alison— hace años que esa cabaña no se utiliza, era un antiguo campo de entrenamiento.

—¿Nadie más de tu familia la conoce? —pregunto algo confusa.

—No, tan solo yo —tercia Alison en modo tajante—ninguno de ellos perteneció a esa unidad táctica.

—¿Qué quieres decir?

—Preferiría no hablar de ello, no es algo de lo que me sienta orgullosa. Además, han pasado ya bastantes años —responde de manera enigmática.

—Creo que me merezco que haya una confianza total entre nosotras. Ahora estamos solas y debo saber que puedo confiar en ti —le recrimino cansada de secretos.

—Daría mi vida por ti, Kerstin —contesta Alison acariciando mi muslo con la mano derecha.

—Entonces cuéntame de qué se trata —insisto con cierta sequedad.

—Está bien. Hace muchos años los distintos linajes crearon una serie de unidades tácticas con los vampiros más poderosos. Se dedicaban a eliminar problemas y la unidad a la que yo pertenecía entrenaba en esa cabaña —reconoce Alison sin dar demasiados detalles.

—Por eliminar problemas…¿quieres decir?

—Borrarlos, que dejen de existir. Ya te he dicho que no me siento orgullosa de esos años, aunque entiendo que era necesario.

Su mirada se ha vuelto triste, algo melancólica y prefiero no seguir preguntando sobre su cometido en esa unidad táctica como ella la llama. Imagino que lo de "eliminar problemas" significa matar a gente u a otros vampiros. Quizá a otros seres no humanos si es que existen.

—Entonces, ¿tú tienes un entrenamiento especial que tus hermanos no tienen? —inquiero sintiendo por primera vez una brizna de esperanza.

—Sí, son más de cien años de diferencia en edad y por lo tanto soy más rápida y fuerte. En cualquier caso, he recibido un entrenamiento que ellos no tienen. Contra uno de ellos no tendría ningún problema, soy muy superior. Sin embargo, siempre van juntos y se complementan muy bien adivinando los pensamientos del otro. Sería difícil saber el resultado en un combate, necesitaría alguna

circunstancia favorable que me diese ventaja —explica Alison como si hablar de su propia muerte o la de sus hermanos no le incomodase lo más mínimo.

—¿A qué tipo de circunstancias favorables te refieres?

—Por ejemplo, tendría ventaja durante el día, sobre todo si es soleado. Lo de que a los vampiros nos daña el sol no es cierto, pero tampoco es del todo falso. Odiamos el sol, somos mucho más rápidos y fuertes por la noche. No tenemos demasiados puntos débiles, pero si vas a matar a un vampiro, seguramente tu única oportunidad sea hacerlo en un día soleado ya que será más lento. Yo he sido entrenada para minimizar, dentro de lo posible, los efectos de los rayos del sol —explica girando hacia la izquierda y conduciendo pegada a un precioso lago de aguas cristalinas.

—¿Qué haría falta para matarlos? Me has dicho que lo de la estaca en el corazón no funciona —inquiero tratando de entender sus debilidades.

Alison cruza su mirada con la mía y en sus ojos puedo observar que se debate si seguir dándome información sobre su especie. Al fin y al cabo, yo nunca le haría daño, pero si me dice cómo acabar con sus hermanos también me está diciendo cómo matarla a ella.

—Si no te sientes cómoda no contestes —le indico—pero creo que es justo, yo podría servirte de cena cualquier día —bromeo tratando de relajar el ambiente.

—Los vampiros tienen poquísimos puntos débiles, somos mucho más difíciles de matar de lo que te imaginas. Lo de la estaca en el corazón es una tontería, ni siquiera nos puedes matar disparándonos, solo nos enfada mucho más. Sobre todo, odiamos cuando la bala no atraviesa nuestro cuerpo y se queda atascada, nos da dolor de cabeza durante días.

—¿Y el fuego? ¿O si te hago papilla con un camión o te encierro sin comida? —interrumpo nerviosa.

—Tampoco. Duele, pero nos regeneramos fácilmente. También podemos aguantar muchísimos años sin comer, nos debilita, pero no nos mata. La única manera de matar a un vampiro es cortando el flujo de sangre a su cerebro por completo, decapitándolo, si bien eso no es nada fácil. Ese es el motivo por el que los duelos entre vampiros son con espadas o hachas —explica Alison aparcando el coche frente a una cabaña de madera que ha conocido mejores tiempos.

—¿Así que no hay manera de que un humano pueda matar a un vampiro? —insisto algo desilusionada.

—Yo no he dicho eso. A lo largo de la historia han existido los cazadores de vampiros. Se trataba de gente bien entrenada y que conocía nuestros secretos. Nos atacaba de día, rodeados de ajo y …

—Espera, ¿el ajo funciona? —interrumpo con impaciencia.

—Con el ajo pasa igual que con el sol. Nos sienta mal su fuerte olor y nos vuelve más lentos porque perdemos concentración. Son pequeños detalles que los cazadores de vampiros tenían en cuenta para tener alguna posibilidad frente a nosotros, aunque fuese remota. En cualquier caso, la clave está en el arma a elegir, sin eso no hay nada que hacer. Tiene que ser un puñal hecho exclusivamente de plata pura, incluida su empuñadura para que no podamos sacarlo de nuestro cuerpo —confiesa Alison dejando escapar un largo suspiro.

—¿Te has enfrentado a alguno de esos cazadores de vampiros? —susurro con miedo.

—Algunas veces, sigo aquí, así que no tuvieron éxito. De todos modos eso fue hace muchos años. Ahora mantenemos un perfil muy bajo, no nos mezclamos con los humanos y pasamos totalmente desapercibidos. Por eso no está bien visto que esté contigo —admite encogiéndose de hombros.

Hay un millón de preguntas que quiero seguir haciéndole, mi cabeza es un avispero de ideas barajando las distintas posibilidades, pero Alison decide bajarse del coche y dar por zanjada la conversación por el momento.

Lo que sí tengo ahora claro es que los vampiros no son invencibles, puede que tengan pocos puntos débiles, pero los tienen. Lo primero que debo hacer es conseguir una de esas dagas de plata, porque también tengo muy claro que quiero ser yo la que mate a esos dos monstruos que han acabado con la vida de mis padres.

—No tendrías la más mínima posibilidad —anuncia Alison dejándome claro que aunque lo niegue, sí es capaz de leer la mente.

—Quiero intentarlo —suspiro.

—Hay muchas cosas que debes conocer para que tu plan tenga la más mínima oportunidad de funcionar. Además de que deberías someterte a un duro entrenamiento —advierte.

El sol empieza a ponerse en el horizonte, cubriendo los alrededores de la cabaña de un precioso color cobrizo y una maravillosa luna llena se alza sobre el lago. Respiro hondo, dejando salir el aire lentamente, consciente de que una nueva vida se inicia para mí a partir de mañana. Una vida en la que tan solo esperaba ser la presa en una cacería, mientras que ahora albergo esperanzas, aunque sean suicidas, de ser la cazadora.

—¿Aún conservas la llave de la puerta?

—Esa puerta solo se abre desde dentro, así evitamos a los curiosos —indica Alison alcanzando de un ágil salto el tejado y abriendo allí una trampilla para acceder a la cabaña.

Capítulo 17

Kerstin

En cuanto pasamos varios días en la cabaña me empiezo a dar cuenta de por qué los vampiros entrenaban aquí para el combate. Tiene todo lo que puede hacerles más débiles. El sol parece brillar un día tras otro, cada jornada el cielo adquiere un color azul brillante y resplandeciente, sin una sola nube o como mucho algunos cúmulos.

En la parte delantera de la cabaña, las copas de los grandes árboles que la rodean dan algo de sombra. En la parte trasera, en cambio, donde está situado el campo de entrenamiento, no hay nada con lo que guarnecerse de los rayos de sol. Es lógico que el resto de los vampiros no quieran saber nada de este lugar y eso me deja mucho más tranquila. Para complicar aún más las cosas, habían plantado ajos alrededor de todo el campo de entrenamiento con lo que la pobre Alison se pasa una gran parte del tiempo dentro de la cabaña observando mi evolución.

En el patio, numerosos dummies de madera sirven de sparring para el combate. Muchos de ellos están ya muy deteriorados por el paso de los años y muestran una ingente cantidad de golpes y cortes.

Entreno cada día hasta que caigo rendida. Al principio, mis músculos me queman en cada sesión, pero poco a poco voy ganando en resistencia, fuerza y agilidad. Mi piel, ahora bronceada por el sol de la montaña, suda profusamente mientras manejo amenazante una daga de acero frente a uno de los dummies de madera que tengo delante.

A pesar de los ajos o el sol, Alison sale de la cabaña a menudo para corregir algunos de mis movimientos o para ayudarme a entrenar, haciéndome comprender lo mucho que cambia la velocidad y la fuerza de un vampiro dependiendo de si se trata del día o de la noche.

Al principio, a pesar del sol o los ajos, me es completamente imposible acercarme a ella durante el entrenamiento, ni siquiera durante el mediodía, cuando los rayos de sol ralentizan al máximo sus movimientos. A partir de la tercera semana, sin embargo, empiezo a ver algunos patrones en sus ataques y puedo bloquear una mínima parte. Por la noche es otra historia completamente diferente, se mueve a una velocidad que hace difícil siquiera verla y su fuerza aumenta de manera exponencial.

—Si no olieses tanto a ajo te comería ahora mismo, en el buen sentido, claro —bromea Alison al terminar uno de nuestros entrenamientos matutinos.

Empiezo a estar orgullosa de cómo mi cuerpo está cambiando con el esfuerzo. He perdido algo de peso y los músculos de mis brazos y piernas se han tonificado, algo que parece gustarle a Alison que no me quita ojo en cuanto me cambio de ropa o me ducho.

En general, las semanas que llevamos juntas en la cabaña están siendo muy positivas para nuestra relación. Tenemos algunas discusiones, sobre todo con respecto al plan a trazar con sus hermanos. Alison es partidaria de simplemente esperar y entrenar cada día por si sus hermanos o algún otro vampiro viniesen hasta aquí, cosa que parece poco probable. Insiste en que el consejo de ancianos tomará una decisión en su próxima reunión y espera que los gemelos no vuelvan a ser un problema.

Yo, por mi parte, no deseo otra cosa que encontrar una de esas dagas de plata e ir en busca de los gemelos para clavársela en lo más profundo de su corazón. Supongo que cuando eres una vampira de más de cuatrocientos años desarrollas un sentido de la paciencia diferente y no te cuesta tanto esperar.

El bosque que rodea a la cabaña está repleto de animales y en el lago no falta la pesca. Con la velocidad de Alison por la noche, cazar es pan comido y eso nos permite disfrutar de algunos suculentos platos.

Y las noches… Uf, las noches.

Compartir cama con Alison es una maravilla y cada atardecer se convierte en una procesión de besos, mimos y caricias, Mi corazón sigue saltándose varios latidos cada vez que toca mi mano, cada vez que me acaricia delicadamente el brazo o la espalda o cuando peina mi pelo entre sus dedos al desnudarnos para ir a la cama.

Cada noche, Alison frota mi espalda con pequeños círculos hasta que me quedo dormida y la sensación de estar abrazada a ella consigue que descanse como un bebé.

—¿Cómo podemos conseguir una de esas dagas? —inquiero con la cabeza apoyada sobre el pecho desnudo de Alison.

—No es algo que los vampiros tengamos a mano, por razones obvias —bromea ella acariciando mi melena.

—En el caso hipotético de que tuviese una de esas, ¿me costaría mucho esfuerzo clavársela a los gemelos? —pregunto con curiosidad antes de besar sus senos.

—Ningún esfuerzo. Para que te hagas una idea, nuestro cuerpo tiene más o menos la misma consistencia que el vuestro, algo más quizá, aunque no existen grandes diferencias. Con una daga normal cabe la posibilidad de que el avance se detenga al toparse con una costilla o con cualquier hueso. Con esas dagas, en cambio, es como si nuestro cuerpo se volviese gelatina, la daga se deslizará hasta el interior cortando carne, huesos y tendones sin ningún esfuerzo. Y el dolor es insoportable. Incluso si simplemente se te resbala de la mano y roza nuestro cuerpo, podría causar una herida mortal —explica Alison besando mi cabeza.

—Cuando había cazadores de vampiros, ¿te llegaron a alcanzar alguna vez con una de esas dagas? —pregunto dibujando imaginarios círculos sobre su piel con mi dedo índice.

—Tan solo una vez, es la cicatriz que tengo en mi costado. Era una vampira joven, de unos ciento cincuenta años y pequé de exceso de seguridad. Estuve a punto de morir, aunque por aquel entonces no estaba bien entrenada —indica llevando mi mano hacia su costado donde me entretengo recorriendo la cicatriz con delicadeza.

—¿Cómo te salvaste? Imagino que no podrías ir a un hospital.

—No, un vampiro sería un peligro en un hospital, hay demasiada sangre —bromea Alison—. Al igual que vosotros tenéis médicos, nosotros tenemos sanadores que conocen remedios ancestrales para curarnos dentro de lo posible, porque ese tipo de heridas suelen ser mortales.

***

—Tengo una cosa para ti —exclama Alison una noche mientras me entrega una caja de madera ornamentada con dibujos exquisitamente tallados.

Al abrir la caja, tiemblo de emoción observando lo que hay dentro. Casi con reverencia, saco una daga forjada exclusivamente en plata, desde la empuñadura hasta el filo, de un tamaño similar al de mi antebrazo. Está tallada con dibujos que hacen alusión a su mortal cometido y también con extrañas runas.

—Tiene un equilibrio perfecto y es muy ligera —me sorprendo

blandiendo la daga en círculos con mi brazo derecho.

—Eh, ten cuidado con eso cerca de mí —bromea Alison levantando sus manos en son de paz y soltando una carcajada.

Sonrío, pero en lo más profundo de mi corazón comprendo el esfuerzo que acaba de hacer ofreciéndome el único tipo de arma capaz de acabar con su vida.

—¿De dónde la has sacado?

—Es mejor que no lo sepas. Los vampiros seríamos unos ladrones estupendos si nos dedicásemos a ello. Además, no es lógico que algo tan peligroso esté a la vista de cientos de personas —explica encogiéndose de hombros.

Retirándome algunos pasos hacia atrás, la sostengo sin apretar la mano, oscilando el arma de un lado a otro y sintiendo como si hubiese estado diseñada para mí. Llevo más de un mes entrenando con dagas de acero de un tamaño similar, pero son mucho más pesadas y su manejo es más lento.

Esta daga transmite una extraña sensación de poder y seguridad que no sabría explicar. Es como si el miedo desapareciese y supieses que puedes enfrentarte a cualquier cosa. Como si de pronto, me sintiese completamente preparada para combatir a los monstruos que asesinaron a mis padres.

Capítulo 18

Kerstin

—Dime una cosa, lo del agua bendita, ¿funciona de verdad contra los vampiros? —pregunto mientras me ejercito con la daga.

—Hay mucho debate en cuanto a eso. Se sabe que en algunas ocasiones ha funcionado, aunque por lo general no le aporta ninguna ventaja. Los ancianos no se ponen de acuerdo con respecto a ese tema —explica Alison con esa preciosa sonrisa que consigue que cualquier duda o preocupación desaparezca de tu mente.

—Pero no le viene mal en cualquier caso, ¿no? —insisto.

—No, si te sientes más segura bañando la daga en agua bendita podemos pasar por una iglesia. Hay una en el pueblo, aprovecharemos para comprar algunas provisiones si quieres.

Asintiendo con la cabeza, le indico que prefiero hacerlo cuanto antes. No soy muy creyente, pero sí un poco supersticiosa y todo lo que pueda ayudarme en caso de entrar en un combate con los gemelos es bienvenido.

Alison no está de acuerdo, aunque prefiere no discutir y coge su katana, de la que últimamente no se desprende cada vez que nos alejamos de la cabaña.

—¿Por qué usas una katana y no otro tipo de espada o un florete? ¿Todos los vampiros la usáis? —pregunto con interés.

—Es cuestión de gustos. Yo prefiero la katana, pero los gemelos por ejemplo, usan una gladius hispaliensis, como las que tenían las legiones romanas en su última etapa. Yo misma tuve una durante cincuenta años y son excelentes; son ligeras y con una hoja ancha de doble filo que sirve tanto para el corte como para la estocada.

—¿Y ahora prefieres la katana?

—No todas las katanas. Más allá del diseño lo importante es el acero y la propia fabricación de la espada. La mía fue forjada por el maestro espadero Muramasa, fue un regalo especial al completar una difícil misión con mi unidad táctica. La ventaja de estas katanas es el tipo de acero que se encuentra solamente en la arena volcánica del pacífico. Es fuerte, resistente, manejable y su filo está mortalmente

afilado —explica Alison mostrándome con orgullo su katana antes de montarnos en el coche.

Alison conduce muy callada y algo enfadada. Prefiere visitar el pueblo durante el mediodía para evitar encontrarnos con algún vampiro, pero ante mi insistencia ha accedido a desplazarnos al atardecer.

Al llegar, las luces del pueblo, que por el camino no eran más que una vaga mancha, ahora iluminan las casas y las tiendas. Mientras conducimos, escuchamos tan solo los murmullos de las conversaciones y alguna que otra carcajada. Nuestro plan es aparcar frente a la iglesia, bañar la daga en agua bendita y volver a la cabaña sin tentar nuestra suerte. Sin embargo, en cuanto nos bajamos del coche, el semblante de Alison cambia por completo indicando que las cosas están a punto de torcerse.

—¡Cuidado! —grita Alison desenvainando su katana a una velocidad de vértigo.

Antes de que me quiera dar cuenta, recibo un fuerte empujón y la caja de madera que porta la daga cae al suelo abriéndose a unos metros de mí. La tarde huele como un campo en primavera después de la lluvia.

Ni siquiera me percato de lo que está ocurriendo hasta que escucho la voz de uno de los gemelos a nuestra derecha. Se me hiela la sangre al verlos, sé que he estado entrenando duro, pero nada te prepara para el momento de la verdad donde tu propia vida está en juego.

—Esto ha sido mucho más fácil de lo que nos esperábamos —bromea uno de los gemelos—. Menos mal que no os hemos tenido que atacar en la cabaña esa rodeada de ajo.

Mierda, el ajo. Me empeñé en salir con tanta prisa de la cabaña para volver antes del anochecer que ni siquiera he traído ajo. Todo lo que Alison me había dicho; que en caso de enfrentarme a un vampiro debía ser de día y con ajo me falla ahora por mi maldita impaciencia. Imagino que debe estar muy decepcionada conmigo.

—Sabes que los humanos tan solo sirven como comida o como juguetes, ¿verdad Alison? ¿O es eso para lo que mantienes a tu humana? ¿Es tu juguete? —pregunta uno de los gemelos pasando mientras habla una mano por mi costado y acercándola a mi pecho izquierdo.

—¡Ni se te ocurra tocarla! —grita Alison amenazándole con su katana—. Sabes mejor que yo que si alguien va a ser castigado en el consejo de ancianos sois vosotros dos. Llevo demasiado tiempo limpiando vuestros desaguisados y ya estamos todos muy hartos de que pongáis a nuestra especie en peligro.

—Esa es precisamente la razón por la que hemos huido de la familia —bromea uno de ellos con una extraña risa hacia dentro.

—Estáis locos, os encontrarán y os matarán —sentencia Alison sin perder la compostura.

—Ya, pero antes os mataremos a vosotras dos, empezando por la humana, quiero que veas cómo se desangra ante tus ojos —amenaza el más impulsivo de los gemelos.

Ambos sacan sus espadas cortas, blandiéndolas con soltura como si quisieran impresionar a Alison aunque esta no parece inmutarse. En ese momento siento que afloja ligeramente su agarre y recuerdo los consejos de Alison sobre cómo escapar de un vampiro.

Al parecer, durante mil años casi todos los vampiros te sujetan de la misma manera, es algo genético en ellos, muy efectivo, pero tiene algunos fallos si ya te lo esperas. Sobre todo es importante que se distraiga por algo. Impulsándome sobre su fuerte brazo, elevo mi cuerpo y llevo la pierna hacia atrás golpeando con el tacón de mi bota en su entrepierna. El gemelo deja escapar un gruñido entre el dolor y la frustración, pero suelta el agarre que es lo que yo esperaba para zafarme de él y lanzarme hacia delante, cogiendo la daga antes de que puedan reaccionar.

Intercambian miradas entre ellos y sé que se están comunicando, pero mi complicidad con Alison ha crecido enormemente en este último mes y tampoco necesitamos hablar. No tengo telepatía, aunque un simple vistazo a sus ojos me indica que entre en la iglesia y que ella les retendrá el tiempo suficiente para bañar la daga en agua bendita o para que busque una salida.

Respiro hondo, sintiendo una opresión en el pecho que no me deja respirar. Los tres vampiros blanden las espadas haciendo círculos, los gemelos tratando de rodear a Alison, el color anaranjado del sol reflejándose en los filos de las armas.

Pronto se escucha el chasquido del acero sobre el acero, el raspado del metal sobre el metal. Se mueven a una velocidad endiablada que hace difícil observar sus movimientos. Alison los

mantiene a raya, cortando a sus oponentes varias veces y recibiendo a su vez algunos cortes. El cielo se tiñe de oscuro y se percibe un olor a sangre.

Ninguno de ellos morirá hasta que le corten la cabeza o hasta ser traspasado por la daga de plata. Con una última mirada observo un nuevo ataque de los gemelos que es repelido por Alison con la maestría de cientos de batallas ganadas y entro corriendo en la iglesia dirigiéndome directamente a la pila de agua bendita.

En cuanto llego a ella, me doy cuenta de que la daga es demasiado grande como para sumergirla por completo, así que, contrariada, decido hacerlo por partes.

Escucho a Alison y a los gemelos peleando al otro lado de la puerta, el sonido del acero contra el acero a toda velocidad, mientras baño primero el filo de la daga y más tarde la empuñadura antes de dirigirme de nuevo a la entrada.

En cuanto me doy la vuelta, las puertas se abren de golpe y uno de los gemelos entra en la iglesia. Su cuerpo está cubierto de sangre, con numerosos cortes en brazos y tronco, pero se mueve con velocidad, cortándome el paso fácilmente.

Sus pupilas se dilatan al observar la daga de plata de los cazadores de vampiros. Mis manos laten contra su empuñadura con nerviosismo. Dentro de la iglesia no tengo ninguna ventaja sobre él y tan solo un golpe de suerte puede conseguir que salga victoriosa.

Fuera, el sonido de las espadas se ralentiza hasta desaparecer por completo cuando el otro gemelo cruza la puerta, la luz de la luna haciendo un contraluz sobre su cuerpo que resultaría hermoso en otro tipo de circunstancias.

Se me hiela la sangre al comprender que si el otro gemelo ha entrado y ya no hay lucha, tan solo puede significar una cosa. Mis ojos se llenan de lágrimas que turban mi mirada y comprendo que sin Alison no me queda mucha vida por delante.

En cuanto se acerca unos pasos hacia delante, tropieza y cae de rodillas. Está repleto de profundos cortes por todo su cuerpo y pierde mucha sangre que brota a borbotones de las heridas. De pronto, Alison aparece a su espalda y con un ágil movimiento de su katana le corta la cabeza, que rueda varios metros por el suelo de la iglesia dejando un reguero de sangre en su recorrido.

Sin nada que perder, el gemelo que queda con vida se lanza hacia mí a una velocidad contra la que nada puedo hacer. Sabe que se ha quedado sin opciones en una lucha cuerpo a cuerpo contra Alison. Ahora ya no dispone de superioridad numérica y seguramente ha decidido que al menos acabará antes con mi vida.

Ni siquiera puedo ver el puño que me golpea y me lanza contra una fila de bancos. Tampoco puedo llegar a ver su cuerpo abalanzándose sobre mí o sus colmillos a punto de desgarrar mi yugular justo cuando la daga se clava en su cuerpo.

Su rostro refleja la sorpresa y la agonía. En ese momento vienen a mi memoria las palabras de Alison cuando me contó que una vez estuvo a punto de morir a manos de un cazador de vampiros por su exceso de confianza. Es justamente lo que le había pasado al monstruo que se retorcía de dolor frente a mí.

—Esto te pasa por lo que les hiciste a mis padres, gilipollas de mierda —balbuceo con gesto de odio.

La alegría que siento al saber que los asesinos de mis padres están muertos enmascara el dolor en mi cuerpo. Trato de ponerme en pie para clavar con más fuerza la daga, quiero que sufra sintiendo cómo se hunde en su carne, pero las piernas me fallan y caigo sobre el vampiro apoyando mi mano en la empuñadura y sacando la daga de su cuerpo.

Justo cuando la cojo de nuevo y me giro, siento una ráfaga de viento a mi alrededor, un olor a pino y a flores silvestres y un grito desgarrador.

Me giro aterrada y se me revuelve el estómago al ver la daga clavada en el pecho de Alison. Sus ojos se han abierto como platos, un chillido de sorpresa y dolor escapando de sus finos labios.

Las lágrimas brotan descontroladas de mis ojos al observar lo que ha ocurrido. He matado al monstruo que asesinó a mis padres pero, sin querer, también a la persona a la que amo.

Escucho el sonido de la sangre escapando de su cuerpo, observo cómo se retuerce de dolor mientras la daga de plata quema sus órganos. Temblando, saco el filo de su torso y me desplomo en el suelo junto a ella. Intenta sonreír, pero sus ojos muestran puro terror. Sabe que va a morir y que seré yo quien ha acabado con su vida. Juró protegerme y ahora morirá por mi culpa sin que nadie pueda hacer nada por evitarlo.

—Lo siento muchísimo, Alison. No he podido mantenerme en pie. Si pudiese cambiarme por ti, lo haría —le aseguro mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas y siento que el mundo se desvanece a mi alrededor.

—Eres la persona perfecta para acabar con mi larga vida. Te quiero —son las últimas palabras que escucho como un quejido en el viento antes de perder el conocimiento. Palabras que recordaré toda mi vida.

Epílogo

Kerstin – Un año más tarde.

Me desperté en la cama de un hospital con Cathy sentada a mi lado leyendo un libro. Era como haber vuelto al pasado, a aquel horrible día de hacía ya cuatro años en el que mis padres fallecieron a manos de los gemelos.

Lo primero que se me vino a la cabeza fue la muerte de Alison, no sabía cómo podría soportarlo. Ni siquiera había podido despedirme de ella. Me hubiese gustado decirle que mi pierna estaba rota y que no sostenía el peso de mi cuerpo. Me hubiese gustado decirle que el tiempo que pasé junto a ella fue el más feliz de mi vida, que me hizo mejor persona. Pero jamás podré hacerlo. Se había ido para siempre.

Parecía serena al abandonar este mundo pese al dolor que sufría. Supongo que había hecho las paces con la muerte hace muchos años. Aun así, en sus ojos pude ver que trataba de aferrarse a la vida con todo su ser.

El médico me dijo que alguien me había dejado a la puerta del hospital junto a una caja de madera tallada que contenía una “daga de colección”. Si ellos supiesen lo que hace esa daga…

Ahora vivo junto a Cathy en un pequeño apartamento a las afueras de Boston. Conseguí graduarme en el instituto y ambas vamos a la misma universidad. Cathy se ha decantado por la biología mientras que yo lo he hecho por los estudios clásicos, especialmente por las clases de mitología donde siempre que puedo elijo el tema de los vampiros.

No he tenido noticias de la policía por lo que intuyo que los vampiros “desaparecen” de algún modo al morir incluida su sangre porque aquella iglesia parecía más una carnicería que un templo. El médico me preguntó varias veces cómo me había hecho esas lesiones, aunque simplemente le dije que no recordaba nada y las cosas se quedaron así.

Llevo casi un año trabajando con un terapeuta que me está ayudando mucho a superar la muerte de mis padres y de la persona que amaba. Por supuesto, no le he podido contar que esa persona era una vampira de cuatrocientos años o que había muerto por mi torpeza. Eso son cosas que me tengo que callar y que me perseguirán para el resto de mis días. Al menos, me sentía mucho mejor sabiendo

que los monstruos que habían asesinado a mis padres ya no estaban, aunque guardo la daga a buen recaudo bajo mi cama por si acaso.

Jamás seré capaz de olvidar a Alison. Sé que eso es imposible. Una vez le pregunté qué era lo más difícil de ser un vampiro y ella me dijo que dejar irse a las personas que amabas sin poder olvidarlas nunca.

Muchas veces pienso sobre ello. Durante mucho tiempo no tuvieron reglas para relacionarse con los humanos y sé que ella, en su larga vida, estuvo enamorada de varias mujeres. A veces imagino cómo podría haber sido nuestra vida, lo duro que sería para Alison verme morir cuando llegase mi hora o envejecer mientras ella seguía exactamente igual. Si para mí será un castigo no poder olvidarla durante unas cuantas decenas de años, hacerlo durante cientos tiene que ser un auténtico suplicio.

Cathy insiste en que debo abrir mi corazón de nuevo al amor, pero me es imposible, no sé si algún día lo conseguiré. De lo que sí estoy segura es que nunca podré superar el amor que hemos compartido.

Sigo viendo su cara cada vez que se cruza una chica que se le parece remotamente. No puedo evitarlo, la echo demasiado de menos.

Y aquí estoy, sentada en mi cama como cada noche de viernes mientras el resto de los universitarios se divierten. Juego en mis manos con la daga que acabó con los asesinos de mis padres y con la vida de mi novia cuando escucho el sonido de unos nudillos llamando a la puerta de mi dormitorio.

—¡Déjame en paz, Cathy! No pienso ir contigo a esa estúpida fiesta. No quiero conocer a nadie —grito esperando que se vaya de una vez.

No escucho su voz, pero los nudillos vuelven a llamar haciendo que me desespere.

—Joder, ¡qué pesada eres, te lo juro! Entra, dime lo que tengas que decir y déjame tranquila con mis pensamientos —ladro enfadada.

La puerta se abre y sigo sin escuchar la voz de Cathy, ni siquiera escucho sus pasos a pesar de que siento una presencia acercándose a mí. Instintivamente, cojo con fuerza la daga y levanto rápidamente la cabeza. Mi corazón se detiene al encontrarme frente a frente con un vampiro.

—Es mejor que bajes esa daga antes de que vuelvas a pincharme. Hace un año ya le costó mucho a nuestra sanadora mantenerme con vida, no creo que queramos probar de nuevo sus habilidades —bromea Alison.

Parpadeo varias veces sin poder creer lo que estoy viendo. Está un poco desmejorada, pero sigue siendo igual de hermosa. Viste toda de negro como es habitual en ella y en su mano porta una rosa roja como aquellas que me dejaba en el alféizar de mi ventana.

—He pensado que esta vez prefería dártela en persona, pero antes guarda esa cosa, por favor, tengo escalofríos solo de verla —indica señalando con la barbilla hacia la daga.

Dejando caer la daga de plata al suelo, le doy una patada para meterla bajo la cama y corro hacia Alison saltando a su cuello y cayendo ambas al suelo. Tan solo puedo abrazarla con toda mi fuerza, sin encontrar las palabras para hablar, solo la alegría de mis lágrimas habla por mí. Alison acaricia mi cabello susurrando mi nombre.

—Con cuidado, que todavía estoy convaleciente, no sabes los destrozos que causa esa cosa en nuestro cuerpo —se queja en el momento que vuelvo a abrazarla con fuerza.

—¡Estás viva, joder! —son las primeras palabras que consiguen salir de mi boca antes de fundirnos en un largo beso.

—Lo estoy, y no pienso irme en muchos años —susurra junto a mi oído mientras nuestras lágrimas se entremezclan.

Sin poder cesar en mi llanto, pasamos la noche abrazadas, llenándonos de las caricias y mimos que se nos han negado en este último año, mientras Alison me relata cómo los ancianos habían enviado a una unidad táctica tras los gemelos que llegaron al poco tiempo de que yo perdiese el conocimiento. Fueron ellos los que me llevaron al hospital y los que consiguieron mantener con vida a Alison hasta conseguir los cuidados de la sanadora. También los que se encargaron de dejar la escena de nuestro combate como si no hubiese pasado nada.

—Ya ves, si no llegamos a ir esa tarde al pueblo, habrían solucionado el problema por nosotras, pero estoy muy orgullosa de ti y los ancianos se han quedado muy impresionados. Les he tenido que jurar que no eras una cazadora de vampiros —me asegura Alison besando mi cabello.

Me llevo una mano a la frente sin poder creer todavía lo ocurrido, consciente de que se abre una nueva etapa frente a mí. Una vida junto a Alison en la que por fin podré ser feliz.

Table of Contents

La caza